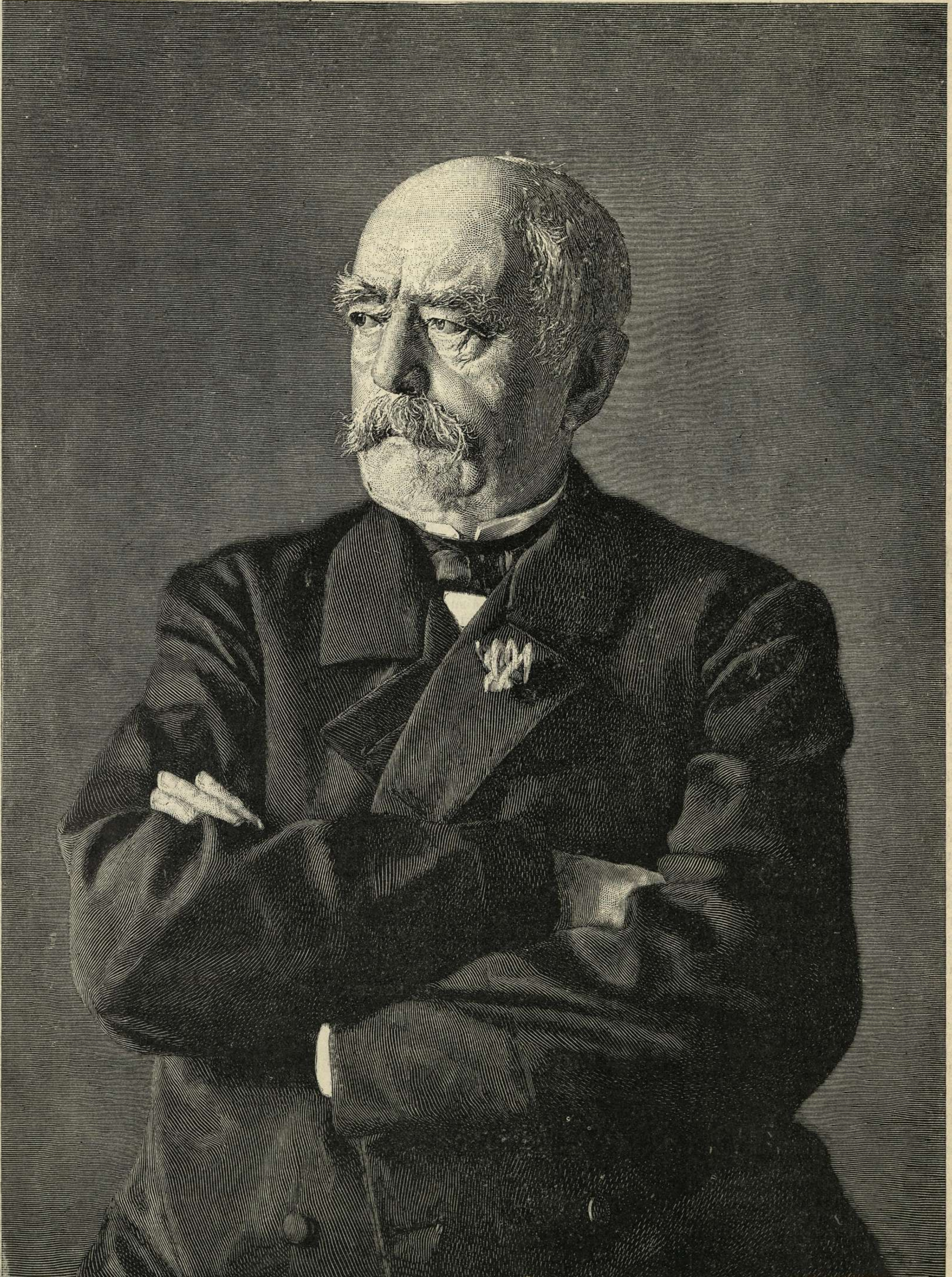


EL MUNDO.

TOMO II

MEXICO, AGOSTO 7 DE 1898

NUMERO 6



EL PRINCIPE DE BISMARCK

(De una fotografia de Pillartz, tomada en Kissingen.)

LA SEMANA

SUMARIO—Mendicidad latina y mendicidad anglo-sajona.—Procedimiento oratorio y procedimiento ejecutivo.—Dos razas y un abismo.—Cubierto adicional en todas las mesas.—Rapto y atrapamiento.—Una pianista enamorada.—Escuela de cadetes.

Para medir la profundidad del abismo que separa las razas latina, si es que la hay, y anglo-sajona, basta un botón. Todo el hombre, decía un pensador, está en cada uno de sus actos y lo mismo se disciernen el pensamiento, el carácter, las propensiones y los ideales de una raza y de un pueblo en las proezas de su historia, en la estructura de sus instituciones, en las formas y procedimientos de su literatura y de su arte, que en su vestido y sustento, en sus usos y costumbres familiares y hasta en la forma en que practican la mendicidad.

Cuando un latino, y especialmente un mexicano, y particularmente un indígena, tiene hambre ó necesita dinero para pulque ó mezcal, aborda á un transeunte, se reviste de un aspecto de dolorosa compunción, baja dulcemente los ojos y entono plañidero, casi en canto de letanía, comienza: Niñito, por los huesecitos de su madrecita y las cenizas de su papacito, por las niñitas, por los siete dolores de María Santísima Virgen, por la Divina Infantita, por el Santo Niño de Atocha, un centavito para mi pan! Dios le dará á usted más, la Divina Majestad se lo pagará, las santas ánimas benditas se lo agradecerán! Niño, por vida *suyita*, un centavito! y así sucesivamente durante diez kilómetros. Si obtienen, nueva letanía y acción de gracias interminable y pegajosa como lombriz solitaria.

Esta invocación á toda la corte celestial, esa avalancha de diminutivos que va hasta formarle uno *ad hoc* al pronombre posesivo *suyo*, esta humilde cantilena susurrada casi sin voz, descubren el temperamento oratorio, suplicante y compasivo de la raza y revelan la fé en el discurso, la confianza en la palabra, la convicción de que la compasión y el sentimentalismo excitados son el móvil de la conducta latina y de que el *verbo* es el primer motor de toda la actividad de una raza. El corazón y el espíritu latinos son volcanes en actividad, calderas en ebullición, pero que tienen un cráter: la boca, y una válvula de seguridad: la lengua, por donde se escapan las lavas y los vapores; una vez que hemos hablado, recobramos la calma, la tranquilidad del espíritu, la serenidad de nuestra conciencia: hemos cumplido con nuestro deber. Hablar nos dispensa de obrar; cuando hemos dicho lo que queríamos, ya podemos prescindir de lograrlo.

Toral, después de haber dicho que la palabra *rendición* no se conoce en el diccionario castellano, ya no tuvo necesidad de batirse y con ese rasgo oratorio y con echar después la culpa á la fatalidad, ya podía rendirse sin escrúpulo; había cumplido como buen latino.

Lo más florido y granado de la guerra hispano-americana, por parte de España, han sido los editoriales de los periódicos, los discursos, en las cortes, las proclamas de los Almirantes y de los Generales, terreno fecundo en que las *papas* fructificaron y se multiplicaron como la semilla del *tibico*. Después de haber hablado ¡que más daba vencer ó ser vencido!

Volviendo á nuestro tema: Cuando un americano tiene hambre, busca una casa de buena apariencia, aspira desde la calle las emanaciones culinarias que de ella se desprenden; hecha su elección, entra resueltamente, sube las escaleras sin saludar al portero, llega al comedor, suelta apenas un «...*d morning!*» lacónico y despreciativo, toma asiento, se sirve y devora en silencio la comida del amo, y una vez satisfecho, se retira dejando á la familia sumida en la más profunda de las estupefacciones. Esto es rápido, silencioso y práctico, como todo lo que es sajón; esta raza va derecha á su fin y pone la mano sobre su objeto con la firmeza con que el halcón clava su garra en la paloma. Desdeñoso el sajón de las figuras de retórica, de los tropos y artificios de la oratoria y de la poética, menospreciando al Dios Logos y tributando culto al Dios Opus, llega, ve y vence, devora nuestro alimento, consume nuestro vino y se retira con un «...*d bay!*» instantáneo, devorando de paso en la despedida una palabra entera, como lo hizo en el saludo.

Ante procedimientos de esta índole se estrella nuestra oratoria, se despista nuestra dialéctica; el anglo-sajón, que tiene el buen sentido de no hablar, tiene el talento de no escuchar y no nos queda más que uno de dos recursos: llamar al gendarme, cosa que importuna nuestra pereza, ó bien, y esto es lo más práctico, poner de hoy en adelante un cubierto suplementario en nuestra mesa.

Una pianista enamorada no es un fenómeno extraordinario y á la inversa el hecho es igualmente real: no conozco, en efecto, una enamorada que no sea más ó menos pianista. Amar, llorar, suspirar; fundir en otra la propia existencia, darse cita dos almas en el ideal, ¿qué significa, á qué conduce, de qué sirve si no se está en capacidad de ejecutar al clave en los ratos de melancolía *La Stella confidente* ó no se puede acompañar en tono menor aquello de

Sofé yo un ángel
De luz cubierto. . . .

No bien, pues, una mexicana se enamora, comienza para los vecinos el tormento; se sienta al piano, comienza á sacar de oído el vals lánguido que bailó con él, la danza palpitante á cuyo compás le declararon su atrevido pensamiento, el acompañamiento de *M'amasti mai!* de *Non m'ama piu!* ó más simplemente de *T'amo*. . . .

Si la cosa apura, se toma un profesor y van á medias Kramer y Tosti, Bertini y Tito Mattei, Eslava y Alejo Infante. Y dan las diez, las once y las doce, y la niña al piano y los vecinos en peptoria.

Esto es lo habitual, lo general, y repito que no hay que asombrarse de ello. Pero lo que sí sale de lo común, lo que puede consolidar la gloria de cualquiera pianista y crearle una fama de otro género é igualmente ruidosa que la de su habilidad dactilea, es vestirse de hombre, abandonar el hogar paterno y emprenderla á San Luis con un cadete. Este plan abortó por completo; el confidente, un confidente con moralidad y sentido común (!) dió el soplo á los papás de las dos fugitivas, porque eran dos y las dos evidentemente pianistas, y raptos y raptadas fueron sorprendidos y reintegradas éstas á su domicilio con gran contentamiento de padres, tutores y superiores gerárquicos.

Este idilio *manqué* me sugiere la filantrópica idea de aconsejar á las pianistas enamoradas, es decir, á todas las pianistas, que en materia de *fugas* no cultiven sino las de Sebastian Bach, que no practiquen otras *escalas* que las cromáticas y las naturales, que no tengan más *aspiraciones* que las indicadas en la pauta, que hagan *silencios* completos cuando se les propongan raptos y *calderones* prolongados mientras la *dominante* no resuene en la Vicaría ó en el Registro Civil.

Siguiendo este método que podía llamarse de la perfecta pianista enamorada, no tendrán que temer nada de sus amados padres ni de la moral indignada, ni correrán el peligro de fundar escuelas de cadetes en vez de propagar las buenas escuelas musicales.

Por lo demás, todo acabará bien y el cura no tardará en marcar un *compasillo lento* sobre las cabezas de las pianistas y las de sus adoradores.

LOPEZ I.

La arquitectura nacional

El Ingeniero D. Luis Salazar acaba de publicar una memoria que había presentado al Congreso de Americanistas y que tiene por título "La Arquitectura y la Arqueología." El estudio del señor Salazar es muy interesante porque señala nuevos rumbos á la arquitectura del porvenir y dilucida con éxito la siguiente tesis: "Si México ha visto nacer y morir una arquitectura llena de originalidad, es posible resucitar en nuestro país formas arquitectónicas eminentemente nacionales."

El autor trata la cuestión teórica y prácticamente. Afirma que así como la arquitectura antigua auxilió eficazmente á la ciencia arqueológica, la arqueología á su vez puede ser un factor de importancia para el arquitecto moderno. El análisis de los monumentos antiguos es una fuente de reminiscencias sugestivas: la interpretación de los diversos estilos y su correlación con las formas sociales de la época que los produjo, sirven al arqueólogo para descubrir los ele-

mentos de la historia de la humanidad y al arquitecto para remontar hasta los orígenes de los tipos primarios derivando de ellos inspiraciones para la moderna construcción.

Dice el señor Salazar: "en la actualidad nada puede hacer producir ni dar á luz una arquitectura completamente nueva, enteramente original, puesto que no hay por ahora ninguna raza nueva que traiga un sentimiento que interpretar, desconocido actualmente. Lo original, lo inventado, lo nuevo, si se produce, está concebido con elementos preexistentes, siendo incontestable que nada se puede crear de la nada."

La arquitectura de un pueblo no es un producto aislado y sin relaciones con la vida y costumbres de la sociedad: resulta del temperamento de la raza y de las condiciones especiales en que se desarrolla ese pueblo dentro de su medio. Si las condiciones locales del medio no varían, es lógico que todos los países constituyan con elementos é inspiraciones de los diversos periodos de su arquitectura un estilo propio moderno por medio de una transformación sucesiva é insensibles transiciones.

Es manifiesta la afinidad de las antiguas construcciones mexicanas con las del antiguo oriente; los monumentos de Yucatán, Chiapas, Oaxaca, etc., traen á la memoria los de Egipto y Asiria, y con su riqueza exuberante pueden proporcionar los elementos de una ornamentación fecunda y flexible. Los grandes muros incrustados de meandros, relieves y geroglíficos—labores preciosísimos—de los fastuosos edificios de Uxmal, Kabah y Chichén Itza, son elementos originales para formar nuevos modelos de una arquitectura típica nacional. En esta parte de su estudio pasa el autor del terreno abstracto al concreto, de la teoría á la demostración aduciendo tres ejemplos que son: 1.º el monumento conmemorativo de Cuauhtémoc en el Paseo de la Reforma, obra del señor Francisco M. Jiménez; 2.º el pabellón de México en la Exposición Universal de 1889, del arquitecto Don Antonio M. Aza con la colaboración del Dr. Antonio Peñañiel, y 3.º un proyecto para el mismo edificio hecho por los señores Vicente Reyes, José M. Alva y Luis Salazar.

El monumento de Cuauhtémoc, acaso el menos puro arqueológicamente, de los tres mencionados, está sin embargo lleno de vida y parece que surge naturalmente del medio decorativo que lo rodea: desde luego se vé que ese y no otro alguno debe ser el género arquitectual que cuadra con la calzada y con los opulentos ramajes de los árboles que le dan sombra.

El Pabellón Mexicano de la Exposición de París que todos veían con curiosidad—y en el que sin duda nadie habría parado mientes si hubiera sido concebido en el estilo neo-clásico,—fue una aplicación del arte *tlahuica*, ostentaba el simbolismo del *teocalli*, reproduciendo íntegro el lineamiento exterior y la silueta del antiguo tipo monumental.

El otro proyecto era una aplicación habilísima de los elementos arquitecturales del *Palenque* y de *Milla* para un edificio que respondiese á exigencias exclusivamente modernas.

Estos tres ensayos de arquitectura nacional son por demás significativos, son tres soluciones distintas de la ecuación teórica desarrollada y documentada por el Sr. Salazar en su estudio. Pero ¿por qué esa ecuación no ha tenido un número infinito de soluciones?

En el mismo Congreso de Americanistas al que nos hemos referido, decía enfáticamente Don Teodoro Juárez hablando en pura lengua *nahuatl*: "Solo México, por no sé qué maldición del cielo, no ha tenido quien fomente su lenguaje, desarrollando y cultivando la lengua azteca, dulcísimo idioma de los mexicanos". . . .

La misma fatalidad persigue á la arquitectura aborigena; porque si es muy larga la serie de los monumentos arqueológicos, es pobre en extremo la de los arquitectónicos. Lord Kingsborough, Waldeck, Dupaix, Chamay, etc. fueron analistas de las ruinas mexicanas; pero aún no ha habido [quien haga grandes reconstrucciones sintéticas de los antiguos vestigios descifrados por aquellos.

Si México hubiera tenido un Vitruvio ó un Vignola que con el auxilio de las indagaciones arqueológicas coordinara y clasificara sus resultados, componiendo un tratado, una gramática de aquellas formas arquitecturales, cuántas derivaciones, cuántos números se formarían con las unidades y elementos esparcidos y aún no catalogados! Antes de que se hubieran acumulado en un Gran Museo Nacional todos los tesoros arqueológicos mexicanos,—con un procedimiento sabio en demasía—á muy pocos era dado estudiar las preciosas ruinas del país y eso á costa de largos y penosos viajes.

El mundo de los estudiantes de historia y arquitectura conoce y aun está familiarizando con las ruinas del Acrópolis de Atenas, pero quién há visitado ese otro Acrópolis occidental de Yucatán?

Los vestigios verdaderamente originales de la arquitectura griega son bien pocos; los iniciados los aben y saben también, que casi no hay dos ejemplares de la trabazón corintia ó de la base ática. Las mil y mil aplicaciones de esas formas son derivaciones debidas á la propagación clásica y literaria que de ellas se ha hecho, al constituir las leyes y reglas teóricas. Y podría afirmarse que el número de vestigios auténticos de la arquitectura helénica no es con mucho superior á los restos del arte de los mayas.

Esto no significa de ningún modo que la perfección la intensidad estética de la arquitectura helénica pueda compararse con las formas trapezoidales de Uxmal.

Tal comparación corresponde á otro orden de ideas; pero no perjudica á la tesis de nuestra estudio, con la cual se demuestra que así como existe, por ejemplo, un arte árabe, bien determinado en sus formas típicas irreductibles y susceptible de indefinidas, mag-

nificas derivaciones, del mismo modo debería de haber un estilo mexicano con toda una serie de aplicaciones posibles.

Objétase principalmente á esta resurrección que el gusto estético y las exigencias de la vida moderna, son esencialmente diversas del gusto y de las necesidades que privaron en los tiempos remotos; pero esta objeción no tiene fuerza, pues aunque las condiciones sociales y los usos del tiempo de Pericles, difieren de los del tiempo presente, por una serie de transformaciones sucesivas, se ha llegado de las enormes columnas dóricas del Partenon al simple enlazamiento toscano que informa las columnatas de los patios burgueses.

Y en lo que se refiere á la adaptación de las formas antiguas al gusto moderno, sin salir de los ejemplos indicados, preguntamos ¿quién hay que al pasear por la calzada de la Reforma no prefiera el monumento de Cuauhtemoc al de Colón,—éste, de gusto académico moderno, aquél, inspirado en el antiguo estilo de los mexica?

**

De algún tiempo á esta parte vuelve á debatirse en las revistas europeas la cuestión de "la Arquitectura del porvenir." La revolución del sistema de construcciones es un hecho consumado: se ha introducido definitivamente la armazón de hierro y acero, del mis-

Las columnas, los frontones, las balaustradas, etc., quedarán para los edificios monumentales de carácter eminentemente público: lo demás será una arquitectura, por decir así, de incrustación puramente decorativa.

El arquitecto del porvenir que pondrá una columna en el segundo piso sin sostenes en el primero —aunque esté apoyada en cariátides aladas ó sin alas,—provocará á risa, como quien quisiese plantar una fila de plátanos mucho más altos que el nivel de la calle, suspendidos ó sostenidos con vasos de la altura de un primer piso.

La arquitectura del futuro deberá, pues, abandonar el engrane clásico que no tiene ya razón de ser más que para determinados edificios; deberá libertarse de la imitación de un estilo dado en su conjunto; deberá atenerse al puro espíritu decorativo del mismo, desarrollando los puros elementos originales. Hasta hoy se ha procedido de lo general á lo particular, del andamiaje á las formas ornamentales, y será preciso hacer todo lo contrario.

Y aquí surge naturalmente la pregunta: ¿sería posible redimirse de los antiguos estilos y buscar motivos nuevos fuera de aquellas fuentes de un arte pasado y muerto?

Mas es negativa la respuesta, pues la arquitectura se repliega sobre sí misma, valga la frase: la pintura y la escultura tienen por modelo, por fuente de ina-

yectando sus reflejos sobre los futuros edificios de ladrillo, acero y mayólica. ¿Qué diferencia habría pues, entre formar el tipo decorativo con elementos árabes, griegos, egipcios, ó con los del arte *tlahuica*?

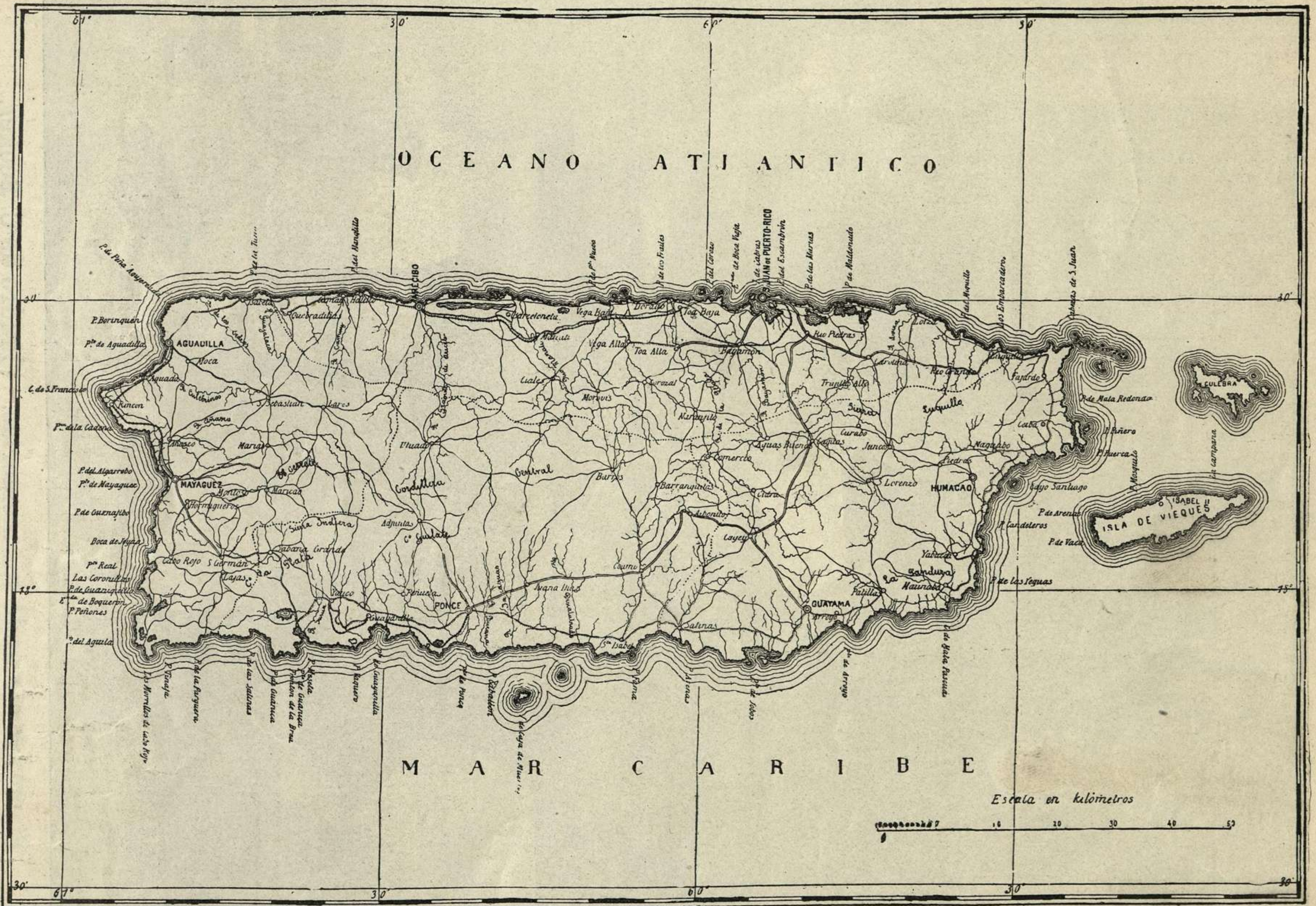
En tal virtud pod-án renacer las creaciones exuberantes de los siglos olvidados y de los primeros ingenieros aborígenas. Y México podrá así enorgullecerse con justo título de no pedir prestadas inspiraciones para sus monumentos, sino que tendrá una propia y verdadera arquitectura nacional.

ADAMO BOARI

Politica General.

La muerte de Bismarck.

Después de ochenta y tres años de luchar y combatir con sus ideales, acaba de extinguirse una gran vida que forma por sí sola, la historia toda del moderno Imperio Alemán. Bismarck ha muerto en suretiro de Friederichsruhe, solo, triste,



Croquis de la Isla de Puerto Rico.

mo modo que se sustituyen los puentes féreos á los de madera y á los de cal y canto, tan costosos éstos, y aquellos tan provisionales y frágiles. Los muros no son hechos ya para sostener, sino para ser sostenidos. La "steel construction" ha empezado á emplearse en México, timidamente si se quiere; pero á no dudarlo, dentro de pocos años tendrá toda suerte de aplicaciones en este país. Aparte de las razones de economía y de su mayor adaptación á los usos modernos, hay una ventaja estática enorme en favor de la construcción de hierro y acero por las condiciones peculiares de México, país amenazado constantemente por las oscilaciones sísmicas y quizá por los terremotes. La construcción de ladrillo y acero, por cuanto con ella se puede hacer de los edificios sistemas rígidos, soporta perfectamente las oscilaciones más violentas, reuniendo á esta ventaja que ya es inmensa la de poder hacerlos á prueba de fuego, "fire proofing."

Ciertamente, si la construcción americana toma auge en México, esto no quiere decir que arraigue aquí el gusto americano; el sistema de fabricación no tiene que ver nada con la forma estética exterior. Siendo un hecho que el ladrillo está destinado á suplantar la piedra costosa y rebelde al labrado, este país, donde reina el sentido de la ornamentación, podrá á su antojo dar vuelo á sus gustos sin sufrir las restricciones del torpe cincel.

Una vez aceptada la "steel and brick construction," debe necesariamente cesar el ordenamiento clásico.

gotable imitación la verdadera naturaleza; la arquitectura, en cambio, tiene por modelo, por inspiración, por modelo únicamente los productos del mismo arte arquitectónico del pasado.

Aquellos que creen posible intentar una decoración enteramente nueva, realista, sin preocupación de las formas del pasado, serán escultores de rica imaginación, pero nunca arquitectos. Toda tentativa en ese sentido ha fracasado.

En la Exposición Universal de Chicago habia un "Palacio de la Pezca" del arquitecto Ives Cobb, en el cual todo el decorado se componia de reproducciones de la flora y la fauna marina; pero aquellas anguilas enredadas en las columnas, los peces y ranas agrupados en los capiteles, nada tenían que ver con el naturalismo de las hermosas catedrales francesas de Souillac y Avallon. Más reciente todavía Bolberg ha pretendido aplicar en Stokolmo el estilo floral á la arquitectura: la misma dirección siguió Welgreen en sus obras decorativas; por ejemplo, en el camino de piedra en el que hay damas veladas, danzando entre flores.

Pero todas estas pruebas han resultado grotescas, porque la arquitectura vive de sí misma, vive del pasado, y una vez que se elimine el escollo de la integración compleja, la dificultad del lineamiento general, el arquitecto del porvenir podrá con mayor aplomo discernir y aprovechar los elementos simples de los diversos estilos, asimilar sus cualidades, pro-

rodeado de sus hijos y de sus nietos, y lejos de las pompas imperiales que lo acompañaron cuan-
explendía en el pínaculo del poder.

Su ocaso no ha sido como el del astro rey que se extingue entre nubes de púrpura que le forman cortinaje, y mares de nacar que le preparan su sepultura. Se ha apagado la luz de su inteligencia en la soledad de su retiro, en el castillo fabricado sobre la dura roca, nido de águila desde donde desafiaba las últimas ondulaciones del mar de la política, que iban á perderse al pié de sus murallas seculares. Él, que guardó en su cerebro el pensamiento germanico, que encarnó en su espíritu gigantesco la idea de una patria alemana, que hizo brotar de su cerebro como brotó Palas Atenea del cerebro de Júpiter, la gran Germania armada y esplendorosa que recibió el homenaje de todos los de su raza, y que casi llegó al apoteosis en vida, cae en el abismo de lo desconocido, provocando el duelo nacional, haciendo aparecer lágrimas en muchos ojos; pero fué tan firme su obra, tan ruda su labor, tan eficaz su trabajo al fundar los cimientos del Imperio, al levantar ese edificio colosal donde, modernos césares ro-



Bismarck dictando sus memorias. — (Cuadro de C. Becker.)



Bismarck y su familia.

manos, se hallan sentados los Hohenzollern, que no se ha alterado en nada ni se echa de menos la falta del gran estadista en el mecanismo gubernamental que dirige solo Guillermo II.

* *

Cuando se contempla esa figura gigantesca que llena por sí sola la historia del presente siglo en la gran Alemania, se pueden admirar sus delineamientos de titán, sus partes forjadas á martillo, sus contornos ciclópeos, fundidos al fragor de las tormentas, sus facciones bronceadas cinceladas por el rayo de la guerra y la expresión adusta de su rostro, modelada entre el fragor de todas las tempestades.

No es Bismarck un personaje del siglo XIX. Pertenece á las edades medioevales, á los periodos feudales en que la lucha entre los pueblos vecinos y las razas comarcanas, era una lucha de muerte; pertenece á los tiempos en que los burgos se manumitían de los barones, en que los siervos de la Gleba gemían bajo el duro yugo de los señores de horca y cuchillo, en que los margraves defendían á filo de espada con sus mesnadas, su dominio sobre el terruño; y en que los burgraves sanguinarios, arrollaban á sus rivales y ahogaban las aspiraciones del pueblo y de los nobles inferiores, en torrentes de sangre al resplandor de los incendios.

No pertenece Bismarck á la era moderna que se enorgullece con la conquista de todos los derechos, que se ufana con el parlamentarismo, que se ennoblece con las libertades, que levanta á los humildes, que redime á los oprimidos, que ensalza á los miserables, que establece la igualdad legal entre los hidalgos y los pecheros, entre los nobles y los villanos; á esta era que ha borrado á golpe de zapa el carcomido edificio del derecho divino de los reyes, que ha levantado sobre la merced soberanía de los monarcas absolutos la augusta soberanía de todos los pueblos. No, Bismarck no pertenece á esta época del jurado popular y del sufragio universal: pertenece á la época del absolutismo, y todas sus miras, todos sus conatos, todas sus luchas titánicas, toda su labor, las dedicó á la resurrección del sacro romano imperio, arrebatando para Prusia, lo que los siglos habían dado á los hijos de Rodolfo de Hapsburgo.

* *

Difícil sería seguir paso á paso al estadista alemán que acaba de morir, en su grande y gloriosa carrera política; pero se impone de tal manera su grandeza, tan grande ha sido su significación en la historia contemporánea, que mal que nos pese, tendremos que bosquejar los hechos principales de esa vida que nos darán á conocer el carácter indomable del que tuvo á orgullo llamarse el Canciller de hierro.

Desde que se sentó por primera vez en los escaños de la dieta prusiana, hasta que, dueño absoluto de los destinos de Alemania, después de la victoria en Sedan y de la coronación de Guillermo I en el palacio de Versalles como Emperador de Alemania, su voz nunca se levantó para defender los derechos del pueblo. Amigo de los privilegios y de las prerrogativas de la Corona sobre las aspiraciones del pueblo, siempre opuso el valladar de su pecho robusto, á la palabra de los apóstoles de la buena nueva, y á la semilla de los filósofos que habían depositado en el surco los gérmenes de una Alemania Nueva, pero protegida por la sombra de la libertad. El choque formidable de las guerras napoleónicas había despertado el espíritu germánico á una nueva vida, se sentía por todas partes el deseo de respirar nuevos aires; la ansia de constituir nuevas sociedades, la sed inextinguible de beber en fuentes claras, el espíritu moderno. La losa pesada del feudalismo, había pesado con pesadumbre inmensa sobre los hijos de Arminio, la raza potente y vigorosa pugnaba por romper los lazos que la ataban á las viejas tradiciones y, un sentimiento general de constituir una nueva patria fuerte y poderosa, era fruto del choque más formidable que había habido entre las ideas de la revolución que llevaban los soldados franceses con su espada y su fusil, y los sedimentos de la tradición, que habían formado hasta entonces la vida del pueblo.

Todo estaba preparado para la evolución pacífica. La multitud de régulos y príncipes que gravitaban como satélites en torno de la casa de Austria, también aspiraban ellos mismos á un

nuevo orden de cosas. Bismarck concibió el pensamiento de recoger todos esos elementos dispersos, de encauzar todas esas fuerzas vivas, de dirigir á un objeto todas esas potentes energías, y á la realización de eso que parecía un sueño, dedicó los años mejores de su vida.

El Gran Federico, el Rey Sargento, había puesto ya los fundamentos de la potencia militar de Prusia; su monarquía se constituyó en un campamento, su palacio en un cuartel, sus ministros en oficiales, sus agentes en soldados, su actividad toda se dedicó á constituir el ejército. Frescos todavía y envidiados los laureles de Blucher, era preciso buscar la grandeza por la conquista; tendió los ojos por todas partes el director de la política prusiana, y se dirigió contra Dinamarca que, incapaz de resistir, dejó como trofeos de la victoria los ducados de Holstein y de Schleswig, entre las bayonetas de Federico Guillermo. Después de esos triunfos, Prusia quedó dueña del Báltico.

La revolución de 1848 que como hoguera resplandeciente había estallado en las calles de París, se propagó á Alemania; los pueblos reclamaron de la casa de Austria la supresión de la política absolutista de Meternich, sancionada al parecer de una manera permanente, después de los conciliábulos odiosos de la Santa Alianza. La idea de libertad había germinado en la Alemania del Norte, era preciso segregarse aquellos dominios del centro de los Hapsburgos, para constituir con ellos la joven nación, siquiera hubieran de pasar del dominio austriaco á la hegemonía prusiana.

Hábilmente el entonces conde de Bismarck, Embajador de Prusia en las Tullerías, acalló todas las suspicacias del tercero de los Napoleones. Aseguró su neutralidad y en el caso necesario hasta su misma alianza, con refinada astucia engañó al que entonces, se llamaba árbitro de los destinos de Europa; atrajo á sus filas las huestes victoriosas de Víctor Manuel que luchaban también por constituir una nueva Italia, y venció á Austria en la terrible y fulminea batalla de Sadowa.

Ya estaba alcanzada la supremacía de Prusia sobre los pueblos germánicos; era necesario que esa supremacía se transfigurara en un Tabor, se engrandeciera con una nueva conquista, llenara el mundo con el himno de sus victorias, y otra vez la diplomacia prusiana con motivo de la revolución de España que derribó el trono de los Borbones y expulsó de su patria á Isabel segunda, obliga á Francia á una guerra desastrosa.

Prusia estaba armada de punta en blanco; Francia entregada á las fiestas del cesarismo, se encontraba desprevenida: las jornadas de Sedan y de Metz abrieron á los soldados de Maltre las puertas de París y el Rey Guillermo pudo ser proclamado Emperador de Alemania en el Palacio histórico de Luis XIV.

* *

Entre tanto, el pueblo alemán deslumbrado con tantos resplandores de gloria, hipnotizado ante los fulgores de tanta grandeza creada en pocos años, no se cuidaba de ver que cada paso dado hacia la unidad alemana, era cercenándole derechos y escatimándole prerrogativas.

Fundóse el Imperio Alemán sostenido por la espada de Moltke y la inteligencia de Bismarck, dióse una constitución que templaba la autoridad absoluta del monarca teutón, se abrieron las cámaras del Imperio y las dietas del reino de Prusia; pero una nación que se había constituido sobre la base de las glorias militares, tenía que propender necesariamente al cesarismo que apenas mitigaban las voces de los diputados del Reichstag, que eran ahogadas con los cantos del vivac en que vivía el Imperio.

La obra de Bismarck estaba concluida. Los primeros años fueron dedicados á afirmarla, á sostenerla, á cimentarla en sus fundamentos seculares.

Mientras vivió el viejo rey Guillermo, primer César germánico, á su lado estuvo el viejo batallador; imposible romper la comunión del anciano César con su viejo Canciller. Juntos habían alcanzado el triunfo, y debían estar cobijados los dos bajo el sólio del Imperio. Entre ellos no cabían rivalidades, entre los dos eran imposibles las envidias, juntos impusieron su soberana voluntad en el Congreso de Berlín, para hacer pesar por primera vez la supremacía del nuevo Imperio en los destinos de Europa.

* *

Había cumplido su misión el águila de Schoenhasssen, ya estaban vigorosos sus polluelos y podía retirarse á su nido construido en las abruptas rocas.

Después de cerrar los ojos á su augusto compañero de luchas, el viejo Emperador Guillermo, después de presenciar el efímero reinado de Federico el Noble, en el que muchos esperaban algo de reacción liberal; pero que llevaba el germen de muerte al ascender al trono, el Emperador Guillermo Segundo, joven, altivo, orgulloso, anhelando señalarse y distinguirse de sus progenitores, y dueño absoluto de su soberana voluntad, no podía consentir á su lado tanta grandeza, ni tolerar otra energía más que la suya en la dirección del Imperio.

Bismarck se retiró á su castillo solitario de Friedrichsruhe, desde donde á las veces se dejaba escuchar su voz autoritaria, pero á donde iban á morir, calladas las olas de la política alemana.

Su misión estaba concluida, pudo envolverse en su manto de príncipe y esconderse en su retiro sin que un momento se conmoviera el edificio gubernamental del Imperio. Desde el punto en que Caprivi fué creado Canciller, Bismarck había muerto para la política.

Sus últimos años son los de un viejo burgués que se dedica á gozar de las dulzuras del hogar en medio de la opulencia y comodidad que le han proporcionado los ahorros de su juventud.

A veces se escucha como el bramido del león, se siente el zarpazo de sus músculos de acero cuando revela á los ojos atónitos de Europa, que la alianza franco-rusa en que hoy se apoya el equilibrio europeo y los partidarios de la paz, fué arreglada por él en buen tiempo, y la dejaron escapar los sucesores de su viejo compañero.

* *

Tal es la figura de bronce que acaba de caer en las sombras de lo desconocido. Fundida de una pieza, modelada á golpes de martillo, se erigirá serena sobre pedestal de granito, proclamando la grandeza de un pueblo que quiere constituirse, la serenidad de un carácter indomable en sus aspiraciones, inflexible en sus destinos que camina frío y sereno á la realización de un ideal.

Que Bismarck sirvió á la monarquía, puso sus actividades á disposición del Trono más que á favor de los pueblos, no importa; eso no amengua su grandeza. Contribuyó á la cristalización de un gran Imperio, que entra por mucho en el concierto de los pueblos civilizados, y eso basta para que tenga derecho á la inmortalidad.

X. X. X.

Agosto 5 de 1898.

EL PRINCIPE OTTO VON BISMARCK

Por una extraña coincidencia el Canciller de Hierro murió en las últimas horas del día que la Iglesia conmemora como aniversario de la muerte de San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, contra la cual sostuvo Bismarck la más ruda campaña de su larga existencia de batallador. Bismarck y Loyola, separados como están por abismos profundos, tienen un punto de contacto: si aquél fué el paladín del derecho divino de los reyes contra los derechos del pueblo y éste sostuvo con teón la supremacía del Pontificado sobre los reyes y emperadores, ambos consagraron su vida á un lema semejante "absoluta sumisión á un jefe, llevada hasta el extremo de dirigir su conducta para hacerle adquirir una suma mayor de poder."

Bismarck nació en un pueblo de Prusia el día 1.º de Abril de 1815, algunas semanas antes de que llegara á su ocaso en Waterloo, la estrella de Napoleón. En su infancia lo mismo que en la Universidad, en la que pasó los primeros años de su juventud, el futuro diplomático respiraba con el aire el espíritu de reacción contra las afirmaciones de la causa popular, consecuencia inmediata de la caída del Emperador. El padre de Bismarck era un hidalgo prusiano, oficial del ejército que pronunciaba con más reverencia la palabra rey que la palabra patria, y así no es de extrañar que la "Voelker Eruehling" (primavera de los pueblos) no iluminara el espíritu del joven alemán, sustraído por completo á la influencia liberal del espíritu francés importado á Alemania y aclimatado allí durante la efímera dominación napoleónica.

Educado como los nobles de su tiempo, su vida universitaria no salía de los círculos aristocráticos que repudiaban los ideales republicanos de algunos de sus profesores; siguió la carrera judicial y luego la administrativa, al servicio del Estado pensiano, después de haber desempeñado sus deberes militares en un regimiento de aristócratas.

Se hizo cargo de la posesión que tenía por su padre en Shoenhansen, lugar de su nacimiento, administrando esa tierra, y á los treinta y dos años entró á la vida política como miembro de la Asamblea provincial y desde luego llamó la atención por sus exageradas tendencias reaccionarias.

Protestó enérgicamente contra la idea, tan cara á los corazones alemanes, de que la emancipación política fué el objeto del levantamiento popular de 1813-15 é insistió en que los prusianos combatieron primero por su rey y en segundo lugar por la patria. La historia verá en aquella iniciación política del estadista la clave de la obra de toda su vida.

Durante la época revolucionaria de la insurrección contra los reyes y príncipes alemanes mantuvo la misma actitud anti-liberal clamando contra tal emancipación del pueblo. Sostuvo con firmeza que la monarquía era la única forma de gobierno aceptable; jamás se inclinó su espíritu ante el principio de la soberanía popular.

El año de 1851, su rey le confirió un cargo con el que asumía la representación de Prusia en el Gobierno de la Confederación Alemana. Hizo rápidos progresos en su carrera diplomática. Reconociendo la debilidad de la Confederación tuvo el proyecto de aprovecharla en beneficio del reino de Prusia del que quiso hacer una nación poderosa para que se adunara de la hegemonía de los países germánicos y llegara por último su rey á Emperador hereditario.

Con estos propósitos entró al servicio de la casa de Hohenzollern, y nunca se ha visto un agente más leal ni más empeñosa que Bismarck por el engrandecimiento y poderío del soberano á cuyos intereses consagró su existencia. Desempañó su papel con tanto ahínco que á veces se desentendía de la voluntad del rey y aún la contrariaba en pro de los fines de la dinastía.

El año de 1862 ocupó un puesto distinguido en el gobierno prusiano al que había representado como embajador en San Petersburgo y París. Ya se había preparado para su obra magna y con toda la energía de su carácter y la fuerza de su inteligencia, auxiliados por su vigor físico extraordinario, empezó la carrera de estadista que pocos como él han sabido seguir, venciendo dificultades inauditas para coronarla con el éxito más completo de sus planes políticos.

Su primera tentativa consistió en debelar á los representantes del pueblo con el fin de robustecer la regia autoridad, y para lograr su intento, hizo que se le diese gran importancia á los elementos militares del gobierno. Cuando los medios normales eran ineficaces, hacía suspender la Constitución y gobernando sin curarse de los derechos del pueblo para decretar por el voto de sus representantes los gastos públicos, pasaba por sobre la oposición liberal y su dictadura no respetaba ni aún los fueros de la nobleza.

Desatendiéndose del aspecto amenazador de la opinión del pueblo prusiano, inició su política agresiva contra el Austria y los Estados alemanes que pretendían favorecer sus intereses en la Dieta, jugando con tal habilidad que desposeyó á Dinamarca de los ducados de Schlesvig-Holstein en provecho de Prusia, y el 3 de Julio de 1867, después de la batalla de Sadowa quedó Austria á discreción de las ambiciones prusianas. Este es el principio del papel verdaderamente activo de Bismarck.



El Príncipe de Bismarck en la Estación de Anhalt en Berlín.

[De un cuadro original de Fritz Werner]

neral cuando los ejércitos alemanes pasaron la frontera; celebró con el Emperador Napoleón la conferencia de Frenos después de Sedán; trata con Favre en Ferrieres, imponiendo al representante de la "Defensa Nacional" condiciones que hacían la paz imposible, y por último, hace en Versalles la coronación de Guillermo, Rey de Prusia, como Emperador dinástico de Alemania, firma un armisticio y los preliminares de la paz de Versalles y el tratado definitivo de Frankfurt cuyas ratificaciones fueron cangeadas el 20 de Mayo de 1871. Entre tanto la gratitud de su soberano le dispensó el título de Príncipe y una dotación considerable.

Vencida Francia, los esfuerzos de Bismarck tienden á lograr un aumento constante del ejército alemán, suscitándose con tal motivo graves conflictos entre el Canciller y el Parlamento. A fin de no verse obligado á sostener anualmente una lucha contra las resistencias parlamentarias, inicia la combinación llamada *septenato* según la cual, el presupuesto militar se vota por periodos de siete años. Después de la crisis de 1887 disuelve el Parlamento y el que le sucede, vota un aumento del efectivo del ejército en tiempo de paz. Obtiene las leyes militares mostrando los peligros con que amenaza á Alemania el Imperio moscovita y divulga por medio de sus periódicos, el tratado de 1878, hasta entonces secreto y que constituía la alianza Austro-Alemana contra Rusia.

La acción diplomática del Príncipe, siempre omnipotente, se distinguió por la adhesión de Italia á esa alianza, formándose en tal virtud la *Triplice*.

La muerte del Emperador Guillermo debía ser fatal para el poder ilimitado del creador y Canciller del Imperio alemán: pasó el breve reinado de Federico III y su hijo y sucesor, Guillermo II, no hizo nada al principio que pudiera señalarse como una afirmación contra el autoritario ministro. El año de 1889, transcurrió sin incidentes; pero el 1.º de Febrero de 1890, le fué aceptada la dimisión de Ministro de Comercio é Industria del Reino; conservó durante algunas semanas la cancillería del Imperio, el Ministerio de Relaciones Exteriores y la Presidencia del Consejo de Ministro de Prusia, y finalmente, el 20 de Marzo renunció á todos esos títulos y funciones, retirándose á Friedrichsruhe. Una orden del gabinete le confirió,

como premio á sus servicios, la dignidad de Duque de Lauenburgo.

Desde entonces vivió el Príncipe de Bismarck en su retiro, sin tomar parte en los negocios públicos, los que sin embargo no podían serle indiferentes al autor del Poder imperial alemán, cuyo jefe reinante, sintiéndose fuerte y capaz de obrar con independencia, dió de mano al leal servidor de su abuelo Guillermo I.

No se obscureció Bismarck en su nueva vida ni dejó de ser por un momento el que había sido durante el periodo activo de su existencia,—un hábil diplomático capaz de revolucionar el mundo entero con sus manejos sutiles;—más de una vez se estremecieron pueblo, parlamento y soberano con sus intencionadas revelaciones, algunas de ellas verdaderas indiscreciones.

Ahora que su vida se ha extinguido pasan sus hechos y su nombre al dominio de la historia,—la Justicia, la Implacable. Ella medirá su talla, y apreciando la moralidad de su obra dirá friamente lo que fué para su patria, para su siglo y para Europa ese hombre extraordinario.

Croquis de la Isla de Puerto Rico

Las operaciones del General Miles en la Isla de Puerto Rico continúan á pesar de las negociaciones de paz entabladas entre el Presidente Mc. Kinley y el Sr. Cambon, Ministro de Francia en Washington y actualmente Plenipotenciario de España y su representante en las conferencias diplomáticas de la Casa Blanca.

Y dado que las hostilidades se suspendan, para bien de los países contendientes y de la humanidad, el mapa que aparece en nuestra tercera plana será de suma utilidad á los lectores de "EL MUNDO ILUSTRADO", para que sigan los acontecimientos, militares ó de otro orden, que hayan de desarrollarse en la hermosa isla antillana.

Ecos de la guerra

La lectura de los sombríos despachos de la guerra y la impresión que esa lectura ha causado en España, sugiere á los artistas de dos publicaciones peninsulares los dibujos que por artísticos, inspirados y significativos, reproduce hoy nuestro Semanario.

Inútil explicarlos. El comentario huelga donde hay tal intensidad de expresión artística.

Al reunirlos en una composición nos propusimos dar á nuestros lectores una impresión de conjunto que resulta admirable, pues los cuatro grabados se completan acentuando lo que cada uno de ellos dice; muda y patética historia de un duelo nacional! quien vea con atención esa plana de nuestro semanario comprenderá á fondo la realidad de la actual situación del pueblo ibero y las calamidades que lo entristecen.

Los originales de donde tomamos nuestro grabado valen mucho, por el arte y la ejecución técnica de los grabados de "Blanco y Negro" y "Barcelona Cómica," el público dirá si han desmerecido al pasar á nuestra publicación.

NOTAS E IMPRESIONES

El hombre que tenga necesidad de mí es el hombre que yo necesito.

Th. ADAM.

Qué feliz me siento por no ser irlandesa! Odiaría demasiado á Inglaterra.

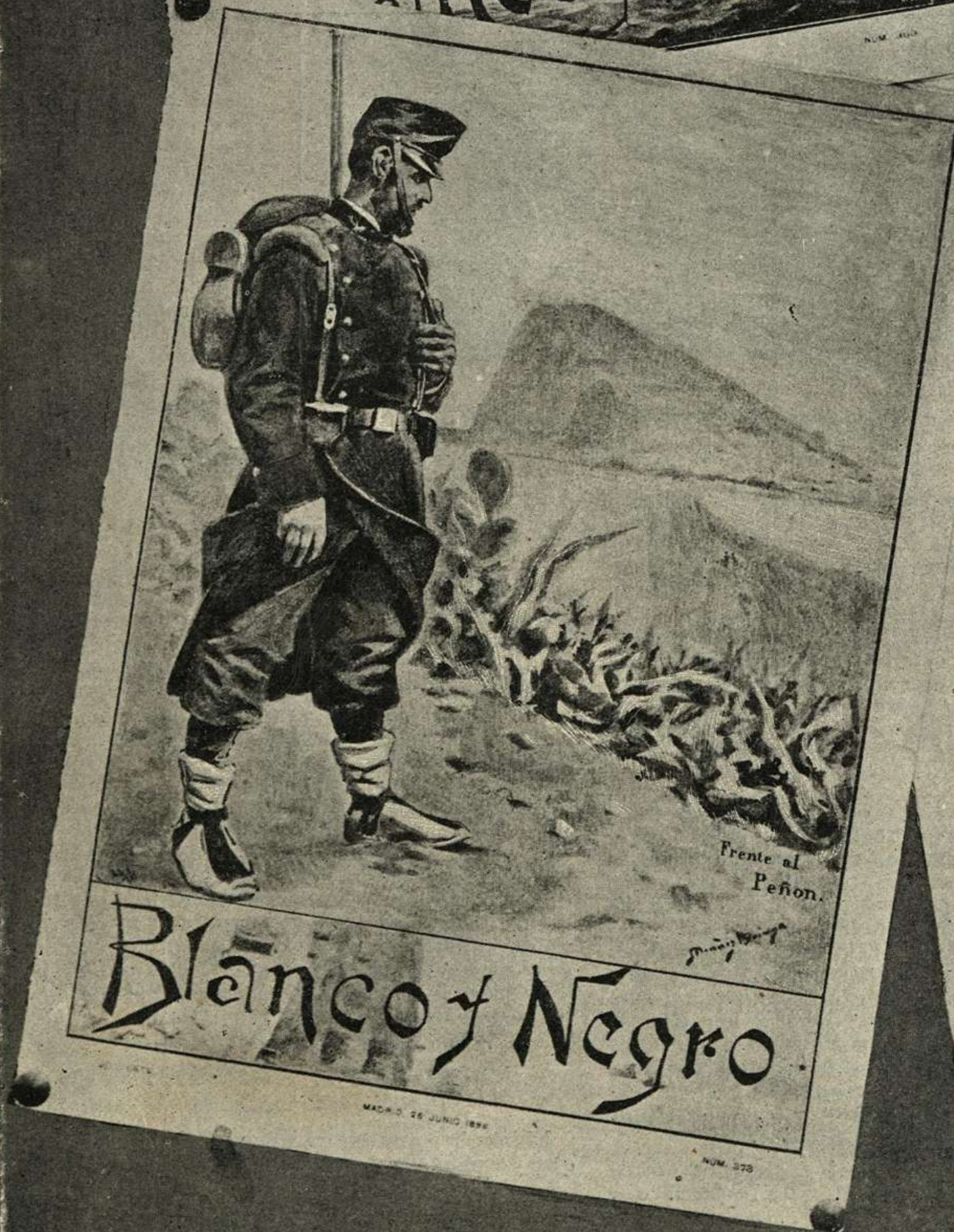
LADY FULLERTON.

No es tan fácil como se cree tener imparcialidad y benevolencia, cuando hay algún interés de por medio.

ALFJANDRO DUMAS.

El efecto de una educación muy intensa es imponer al espíritu una tensión tal que la realidad se hace invisible.

ED LOCKROY.



ECOS DE LA GUERRA

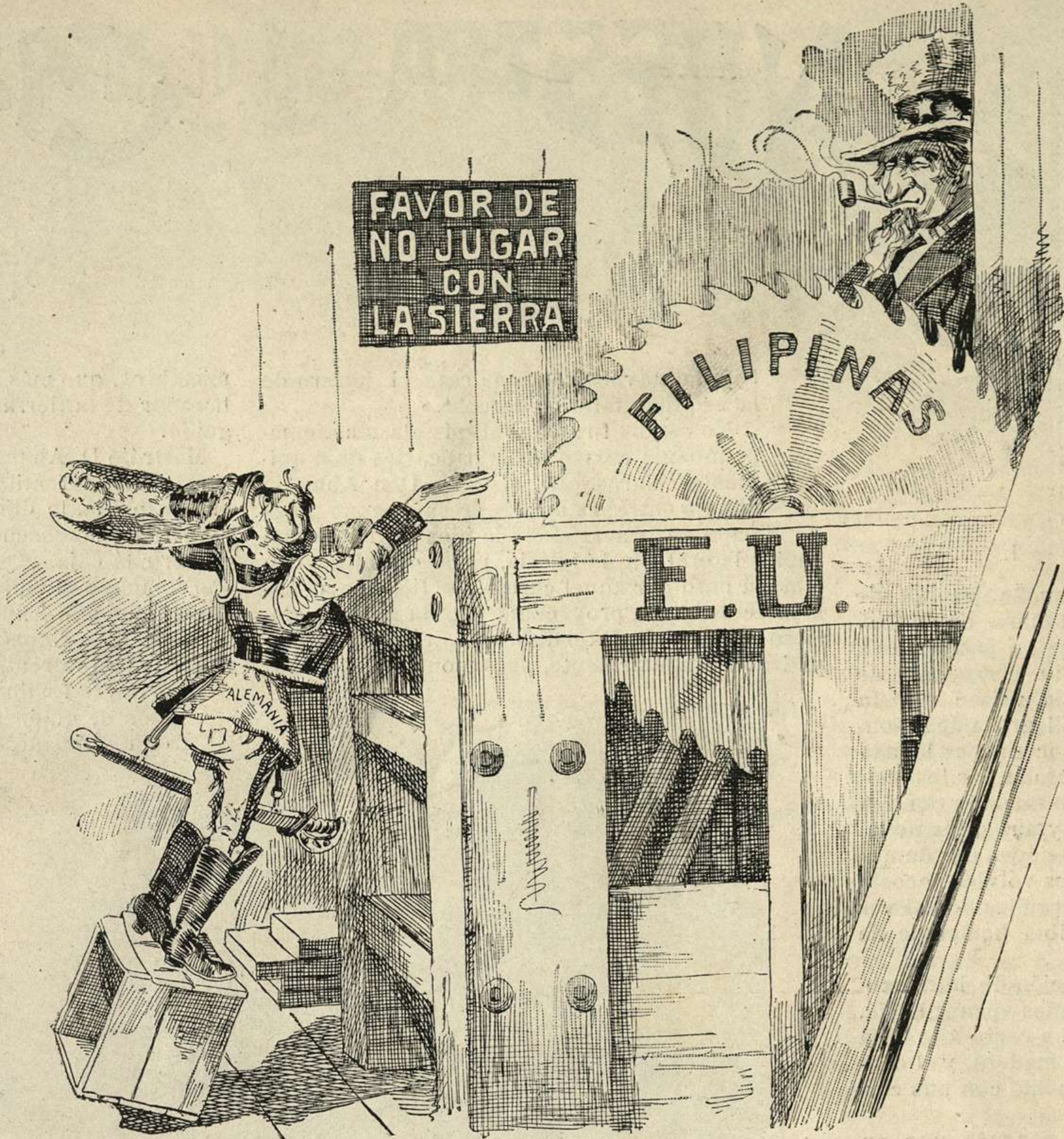
LA CARICATURA EN EL EXTRANJERO

Los infortunios que ha lamentado España en su lucha contra los Estados Unidos, imponen silencio á la verba de los caricaturistas de la República del Norte, y aunque no sea sino por breves días dejan en paz al enemigo postergado para romper lanzas con el probable enemigo de mañana. España no es, ni puede ser ya para los Estados Unidos un adversario y mucho será si los tratados de paz no han de señalar en la historia la formación de una nueva corriente de simpatías entre vencedores y vencidos. Mucho se ha hablado ya en los Estados Unidos y la prensa de ese país ha hecho declaraciones significativas acerca de los sentimientos de concordia que substituyen con frecuencia en los encuentros de pueblos enemigos á los odios más arraigados; si la guerra sirve para algo será ciertamente para poner en contacto á hombres que creyéndose fieras, acaban por llegar al convencimiento de que sus enemigos abrigan sentimientos dignos de alabanza y que no hay ni una huella en ellos de la barbarie ó de la ferocidad que antes les atribuían.

Sea cual fuere la solución que se le dé al problema filipino, álzase ante los planes del gabinete de Washington, madurados acaso de acuerdo con la corte de Saint James, la actitud un *si es no es* amenazadora del Emperador Guillermo II, ese hombre que pretende aparecer en Europa como heredero y representante de los jefes más conspicuos que han impuesto á la historia como realidad el sueño portentoso de un Sacro Romano Imperio Germánico. Natural es que la democracia americana, — acostumbrada como está y hecha á maravillas menos facticias y formales que las realizadas por el genio y el poderío militar de los emperadores germánicos, — natural es, decimos, que rompan á reir dudando mucho que la expansión natural de las sociedades modernas orientadas hacia un ideal de perfeccionamiento y bienestar dentro de las mayores libertades posibles, encuentre un obstáculo serio en las violentas afirmaciones de ambición insaciable que nos prepara, acaso para un porvenir muy próximo, el joven heredero de la corona imperial de los Hohenzollern.

Tras de ese desprecio con que miran los periodistas yankees á Guillermo, tratándolo como á un niño voluntarioso, ocúltase quizá la sugestión inglesa: ¿quién sabe? Lo cierto es que de bambalinas afuera no aparece en el juego escénico más que ese personaje extraño, nuevo en la historia, más nuevo en la diplomacia y hace dos meses aún, desconocido por completo en la cuestión del Extremo Oriente: el yankee.

La indole de esta publicación nos veda toda parcialidad y aun la simple complacencia de *dilettanti* divertidos, para que pudiéramos hacernos cómplices del *fun* que ocultan estas caricaturas: les damos cabida en nuestras columnas como curiosidad, y á título de revisteros impersonales que comentan los acontecimientos sin curarse de sus consecuencias remotas en la historia, nos permitimos subrayar esta situación extraña é inusitada



¡CUIDADO!

Tío Samuel advierte al Emperador de Alemania del peligro de tocar esa sierra.

(N. Y. Herald)



Una vieja adivinadora española dice la buena ventura al joven Emperador de Alemania.—Veo á un vejete alto con una mota cana en la barba. Usa chaleco con estrellas y pantalón rayado de rojo. Cuidado con él, Guillermito; no intentes pegarle con tu guantelete caballeresco, porque tendrás mucho trabajo.

(N. Y. Journal)

en los antecedentes de las viejas Cancillerías.

Qué sorpresas tan desconcertadoras presenta la vida! Una república del Nuevo Mundo, ayer insignificante, entrando en primera fila y de un golpe, a la palestra en que miden sus armas las potencias del Congreso de Viena y de la Triplice.....

Anécdotas Bismarkinas.

Muere un hombre ilustre y se abre para la prensa el filón de las anécdotas, filón tanto más rico cuanto que como nadie responde de la autenticidad de la literatura anecdótica, todos los que tienen más ó menos ingenio llevan á ella su contingente amparado por el anonimato.

El viaje que hizo Bismark á Paris el año de 1867 dió ocasión á los caricaturistas europeos para hacer de las suyas á expensas del famoso diplomático prusiano.

Los franceses no se entusiasmaron grandemente con la visita que le hacían á Napoleón el Rey de Prusia y su Primer Ministro, á pesar de los deseos que tenía el Emperador de hacer á sus huéspedes una magnífica recepción.

Guillermo acaso pudo creer sinceras las manifestaciones oficiales y nada espontáneas de los parisenses; pero Bismark veía claro y no se dejaba engañar.

Un embajador quería persuadirle de que en la revista de las Tullerías, el pueblo había gritado muchas veces:

—“Viva Bismark.”

El ministro de Guillermo contestó friamente:

—Os equivocais, no gritaba el pueblo “Viva Bismark” sino “Viva Bismark” (ahí está Bismark); no es lo mismo que decís, pero eso me halaga tanto como un “viva.”

Quando el conde Bismark representaba al Reino de Prusia en la Embajada de San Petersburgo, fué una noche á cenar á la casa del Primer Ministro moscovita.

La noche estaba obscura y al salir de la casa fué asaltado Bismark en medio del patio por un perro que se vino ladrando tras él.

Inmediatamente salió al balcón el dueño de la casa, que no era otro que el Príncipe Gortschacoff, el cual gritó:

—Señor Conde, señor Conde, por favor no muera usted á mi perro!

La anécdota no será auténtica, pero pasó por tal haciendo las delicias del público y de los salones de San Petersburgo durante muchos años.

Un diplomático inglés, lord F... se hallaba de visita en un salón parisense. Uno de los niños de la casa derribó un velador. “Pillote” le dijo la madre (*petit polisson*), reprendiéndolo. El diplomático preguntó qué significaba aquella palabra y la señora, confusa y avergonzada de haberla empleado en presencia de personas extrañas, le dijo que *petit polisson* era un niño ingenioso é inteligente.

En eso entra Bismark y al serle presentado al inglés, éste le dijo:

—Señor de Bismark, tengo el honor de saludar al pillito más grande de Europa (*Grand polisson*).



NUESTRA SRA. DE LA CASTIDAD

Cuentos BURQUESIS

I.

La pequeña capilla de Nuestra Señora de la Castidad, era la preferida en la iglesia parroquial de Tlauzingo. A toda hora del día, veíase repleta de orantes, pues que la fama milagrosa de la santa imagen habíase propagado por muchas leguas á la redonda y no sólo era venerada por los buenos vecinos tlauzinguenses, sino también por los de los villorios circunstantes; y aun de la no lejana ciudad, solían ir peregrinaciones de damas elegantes, cuyos lujosos atavíos volvían locos á los del lugar, encantados y enorgullecidos al ver que su virgencita querida, recibía homenaje de tan linajudas gentes.

No databa de antaño la atracción de la parroquia tlauzinguense: algunos años apenas hacía, que en cierta mañana, llegara un carro á la casa cural, cargado con una caja de madera, y el conductor entrególa al cura juntamente con una carta que para él traía.

El bueno del padre Abundio, por más que en el sobrescrito leyera: *Al Señor Cura de Tlauzingo.*—Con una caja,—dudó que el envío fuese realmente para él, así estaba de poco acostumbrado á recibir misivas y osequios. Pero á las categóricas afirmaciones del auriga conductor, decidióse al fin á abrir la carta, y vió que decía así:

«Un artista que ama el rústico recogimiento de la iglesia parroquial de Tlauzingo, envía en donación para ella la imagen adjunta, suplicando al Señor Cura, disponga que sea colocada en altar especial y obtenga del Illmo. Señor Obispo, el permiso necesario para que sea venerada

bajo la advocación que reza el letrero de la esquina inferior derecha.»

No estaba firmada tal epístola, mas acompañábanla cuatro notas bancarias de á quinientos duros, que el Cura Don Abundio estrujó entre sus manos presa de gozo, pues de tiempo atrás acariciaba la idea de hacer una capilla lateral en la iglesia, para eternizar con ella su paso por aquel curato. De fijo que él habría dedicado su proyectada capilla al muy glorioso Señor San Expedito, santo con quien simpatizaba singularmente, pues contra el natural

miembros, que más hubieran cuadrado á rudo laborador de la tierra proficua, que á bisoño clérigo.

Mostróle D. Abundio los cuatro billetes y la misiva, y con infantil alegría y dándole palmadas en la espalda, le dijo:

—Anda, muchacho, trae pronto un martillo para abrir la caja. ¿Qué santo será? ¡A que ha hecho completo el milagro la Providencia y nos ha enviado un San Expedito!

No era San Expedito el lienzo, encuadrado en rico anaquel florentino de gran primor.

Sobre fondo muy obscuro, como evocación de quién sabe qué sombrías profundidades, destacábase una gran mancha blanca,

modelando los contornos de un cuerpo de inmaculada horra. La doncella que representaba á la Santa Virgen inviolada é inviolable, erguíaese esbeltamente en suave actitud uncio



de los clérigos rusticanos, Don Abundio nunca dejaba las cosas para el otro día; pero ya que su pío sueño tardaba en realizarse por falta de dineros, se conformaba de buen grado con que la capilla fuese dedicada á esa anónima donación, siempre que el Señor Obispo otorgara su licencia.

Ya le llegaría su turno al muy glorioso santo que firma *Hodie*.

Al P. Abundio poco le importaba conocer la procedencia del envío; tenía profundo convencimiento de que, mientras más inexplicables son los hechos, más anda en ellos la intervención providencial; y así, nada halló de extraño en que hubiese alguien que, sin prurito de accionar gracias ni de pedir mercedes y por pura simpatía artística para el templo de aquel humilde lugarejo, fuese capaz de desprenderse de dos talegas de pesos y de enviarle un cuadro.

Porque era indudable que la imagen á que la carta aludía, era pictórica: amén de la advertencia epistolar referente al rótulo colocado en una esquina, pregonábalo á las claras la forma alargada y magra de la caja.

Repuesto de su placer el cura, dióse á llamar á grandes voces al vicario, en tanto que el automedonte, cumplido su encargo, se perdía entre una nube de polvo, al trote de sus rocines.

—Padre Luis, criatura, ven á ver lo que nos manda Nuestro Señor para la Iglesia!

Acudió el P. Luis, flamante vicario de Tlauzingo. Era un garrido mozo de equilibrada salud, sin coloraciones ultra-sangíneas, pero sólidamente crecido y robusto, mal caía la sotana sobre sus recios

sa. Vestía alba túnica ampliflotante que por modo castísimo esbozaba las venéreas curvas y que, cerrándose de súbito en el cuello y en los puños, sólo mostraba de aquella carne núbil, el rostro de primaveral frescura, y las manos miñonas y ducales. Abajo, la veste perdióse en las sombras á manera de paulatina incrustación.

Del estrecho enlazamiento de las manos, alzadas á la altura del senc, surgía con chocante insolencia una amapola; capricho de pince lista que quiere poner rojo sobre blanco.

La gran mancha blanca daba sensación de algo muy puro y producía deslumbramiento de albuira, que aumentaba en intensidad con la contemplación del rostro de aquella á modo de visión celeste, rodeado de opulentas crenchas rubias, como chorros de oro. Partíase la cabellera por medio de la cabeza y caía luego sobre los hombros en harmónicas ondulaciones. Sin diademas ni aureolas la virgen, parecía resplandecer su flavo cabello con luminoso nimbo, y rayos de luz despedían los ojos, grandes ojos oscuros que miraban honda y derechamente con ingénua curiosidad. Una cinta, blanca también, atravesando con tersura la frente de sien á sien, evocaba el estilo de Siena y de Florencia, con Botticelli y Benozzo y Fra Angélico.

Al descubrir el cuadro, exclamó el Padre Luis extático:

—*Turris eburnea!*

El letrero á que aludía la carta del incógnito donante, era este:

«Nuestra Señora de la Castidad.»





II

Torre de marfil fué, en efecto, para el joven vicario de Tlauzingo, y en ella encerró el perfume todo de sus amores.

El amor á la madre de Cristo, creación sábiamente femenil sin carnalidades, es la atracción suprema de los seminarios y enciende en vivas llamaradas de entusiasmo el alma de los garzones místicos que hallan en la Siempre Virgen ternuras de mayor humanidad que en el Crucifijo. Creen ellos amarla por modo reflejo; creen, y firmemente, que en ella aman á la madre del Cordero, y que la aman por electa de Dios y como amada Suya; mas en realidad es para ellos una deidad por sí, equipotente á Cristo austero, y más accesible y allegada por maternal y femenina. Las tocas monjiles, en cambio, más se prosternan ante el Crucificado. De la misma suerte, en la familia humana, obra el sexo. Eso es eterno y ineludible. Tuvo Zeus, en el paganismo, sacerdotizas, y camilos Atenea.

Y muy especialmente y desde jovenzuelo, nutrió el P. Luis ese santo amor por la Madona, y sintióle mayor y más vehemente á medida que iba aproximándose el día de su tonsura.

Cuando por vez primera, allá en el seminario, había sentido los agujones mundanos, acertó á vencerlos con facilidad á fuerza de jaculatorias marianas, y á María prometió solemnemente su pureza y ofrendó sus diarios combates contra el más cruento é invencible de los enemigos del alma. Vivía en Ella y por Ella, y era todo Suyo.

De todas las advocaciones y representaciones comunes de la Virgen, ninguna llenaba, empero, sus propios altísimos anhelos; antojábansele todas casi vulgares y casi pedestres.

Por eso encantóle el cuadro de Nuestra Señora de la Castidad, y prometióse desde luego dedicarle todas sus energías y todos sus sentimientos, ya que pintura y advocación respondían tan justamente á sus ensueños.

Sin duda, el Señor Obispo mostróse escrupuloso para autorizar el nuevo culto y aún insinuó que á su juicio era ese asunto que á Roma competía; más el P. Luis, con la ayuda de cierto notario eclesiástico, asáz bisbiringo y de talentosa fama, logró convencer á Su Ilustrísima de que la nueva advocación, en resumidas cuentas, no era otra que la muy antigua de la Purísima Concepción de María.

Consintió, pues, el Obispo y procedióse á construir la capilla requerida; mas como se viera que los dos mil duros del donante no bastaran para la obra, con todo deleite de su corazón presentose al P. Luis oportunidad de servir á la Santa Señora é hizo vender unas parcelas de panllevar, que poseía por familiar herencia.

Con presteza concluyóse la capilla, merced á la eficacia y atención del vicario, y con supremos éxtasis cantó él mismo la solemne misa de dedi-

cación. Durante el santo sacrificio, renovó muy enérgicamente sus protestas de amor y depureza y apodóse maldito y maldecido si á ellas hubiere de faltar.

Era un prodigio de meticoloso cuidado la capilla de Nuestra Señora de la Castidad, en la parroquial iglesia de Tlauzingo; había siempre flores frescas y húmedas, muchas flores por todas partes, en los jarrones del altar y en los vasos de las cornisas; pendía de lucientes eslabones un lampadario de oro, sin interrupción ardiente; quemábanse en bronceínas ánforas ricas resinas surianas de aroma suavemente capitoso.

Todo eso era la materialización del culto que absorbía al P. Luis.

Y al caer la tarde, á la hora del crepúsculo vespertino que es para las almas soñadoras la de los regocijos íntimos; cuando el último beso del sol muriente engendra misteriosas penumbras en las lejanías de los campos, y alarga sobre el pavimento de las iglesias la policromía de los vitrales góticos; cuando el cesar de los ruidos callejeros anuncia la ascensión de la noche y se alegran los hogares con el descanso y se vacían los templos para que los hogares se completen, el joven vicario acudía á la capilla de su bien amada virgen-cita y se entregaba á la oración. Cumplía primero las preces que la Santa Sede tiene impuestas á los sacerdotes, y en seguida entregábase á sus propias inspiraciones y decía á la Virgen cosas que más que oraciones, eran confidencias y charlas.

Narrábale con largueza todos los pensamientos que habían atravesado su mente durante el día,



felicitábala por la afluencia de fieles en la capilla ó por el nuevo ex-voto prendido en los manteles del altar, prometíale funciones y devociones, y reiteraba, cada día, los juramentos de su propia dedicación en cuerpo y alma.

¡Y cuán dulcemente premiaba la Santa Señora tales ternuras! El P. Luis sentía la paz en su corazón y la tranquilidad en su conciencia, y su vida era un rosario de días felices y de inefables goces. Su mundo era la capilla, y en él disfrutaba plena venturanza.

El Cura D. Abundio bromeaba á menudo con su vicario:

Oye, P. Luis, hoy no te inclinaste al pasar frente al tabernáculo. Ya con tu Virgen no te das tiempo ni atención para nada, y ten por seguro que eso hace daño á tu alma.

Pero un día esas bromas cesaron, porque el vicario respondió de mal modo.

—Padre, yo sé lo que hago! Déjeme usted con mi devoción, pues por ella soy capaz de dar mi sangre.

Y D. Abundio pensó para sus adentros:

—¡Cáspita, esto parece ser más serio de lo que yo me imaginaba!

Y sonrió dulcemente.

III

La noche estaba fría y lluviosa.

Retirábase el P. Luis después de sus vespertinas oraciones, cuando al entrar á la sacristía fué detenido por alguien que precipitadamente preguntó:

—¿Es usted sacerdote?

—¿Si?

Pues, padre, venga conmigo un momento y dígnese escucharme.

Sintió el vicario que le tomaban del brazo y le conducían hacia el círculo de luz que sobre el pavimento vertía la lámpara sacramental. Pudo ver entónces á su interlocutor, y reconocerle vagamente: era el caballero que la víspera había ido á buscarle solicitando para una moribunda confesión y viático. El cual, á su vez, mirando el rostro del vicario:

—Ah, es usted mismo, padre! No sé su nombre, de otro modo á usted hubiera buscado directamente, porque, en fin, usted debe saber cuán buena era su alma, puesto que usted la confesó. . . .

La víspera, esa misma voz que ahora le hablaba—pero con una espresión de tortura—había le suplicado que fuera presto á asistir á la muriente que pedía los auxilios religiosos.

—Dónde es la casa? . . . Iré luego, sólo necesito el tiempo necesario para renovar el aceite de una lámpara que se está acabando.

Era la hora de sus rezos en la capilla de la Castidad. Pero el otro, insistió con energía:

—No, padre! Venga usted conmigo luego, está algo lejos, es allá en el Castillo, y pide con insistencia un sacerdote.

A orillas del pueblo, derrumbábase lentamente un caserón de señorial abolengo que, por su feudal aspecto, la gente llamaba el Castillo. Deshabitado de tiempos atrás, habíalo ocupado desde hacía pocos años una pareja, cuyo misterioso proceder traía á maltraer á todas las imaginaciones del lugar, mayormente cuando supieron los tlauzinguenses, que los que ayuntados vivían en el Castillo, ¡no habían pasado por el santo sacramento del matrimonio!

El caserón surgía en medio de un parque, de un parque hirsuto y abandonado, con estanques secos y mármoles polvosos, como soñó d'Annunzio. Y ellos, sus habitantes, jamás cruzaban por las callejas de Tlauzingo: bastábales el parque para sus paseos. El señor, solía tomar los trenes de tiempo en tiempo, con rumbo á la ciudad vecina, y regresaba cargado de telas, de bastidores y de brochas; en cuanto á ella, aparte de una vieja que consigo trajeran á su venida,—vieja silenciosa y discreta,—quien les servía y les cocinaba, nadie en el pueblo la conocía. . . .

Cuando llegó el P. Luis, la enferma agonizaba; en la obscu-



ridad del cuarto no pudo el sacerdote verla el rostro; más escuchó sus culpas, las culpas de una pecadora arrepentida, dichas entre sollozos humanos y temores de ultratumba, y conforme al ritual, casó á los descarriados, *in articulo mortis*.

Después ella había muerto. Aún estaba en el centro de la parroquia el catafalco que había sustentado su ataúd, esa mañana, durante la misa de requiem.

—Y bien ¿qué se ofrece?—dijo el vicario al viudo.—Estoy á sus órdenes.

—Padre, la prometí que me confesaría hoy, y quiero cumplirlo. Me lo pidió tanto, agonizante, que no pude negárselo. Pero no quiero engañar á nadie: sólo vengo por cumplir la promesa, más no soy creyente. Voy á contarle á usted mis yerros, mis yerros que usted conoce ya por ella misma, puesto que fueron *nuestros* yerros. ¿Yerros? Padre se puede llamar falta el haberse amado mucho?

Y el vicario dulcemente:

—El amor no es pecado, por el contrario, es precepto. Pero precisa amar santamente. La esposa de usted, está ya con el Señor que todo lo perdona; ¿por qué no sigue usted su ejemplo y se reconcilia con la iglesia? Ella, la muerta, se lo pidió á usted, y usted se lo tiene prometido, mas no una confesión convencional y sin fé, que no es confesión y que ningún sacerdote puede conceder, sino un arrepentimiento sincero y profundo de las faltas cometidas y una confianza ciega en la misericordia de Dios y en las atribuciones de su iglesia.

—No puedo, padre.

—¿Y por qué?

—Porque no creo.

El P. Luis sonrió para sus adentros. Opinaba en efecto como opinan todos los que siempre han sido receptáculos de fe, que la no creencia es más una ocupación moderna, una auto-mistificación, que un sentimiento real y sincero. Para él, todo ateo era jacobino, no conocía—¡qué iba é conocer él, que de las faldas maternales pasó al seminario de Pradela, y del seminario de Pradela á la parroquia de Tlauzingo! ni la frialdad analítica que destruye, ni la reconstrucción afirmativa del positivismo. Y tenía el vicario plena convicción de que en esos espíritus apartados de la senda religiosa, se puede operar fácilmente con palabras dulces y obtener asombrosas conversiones. ¡Ah, y para conversiones, ahí estaba el milagroso poder de Nuestra Señora de la Castidad! ¿Pues no con ella había convertido al mismísimo Juez del Registro Civii, ex-coronel *Chinaco* y blusa roja, que hoy era porta-estandarte de las "Hermanas del Santísimo"?

Y formó luego su plan para volver al redil á aquella oveja descarriada: prepararía su corazón á bienhechoras ternuras por medios puramente humanos, y luego le llevaría á la capilla de la Castidad; allí la Inviolada Doncella haría el resto.

Y así:

—Crear es muy fácil cuando se tiene voluntad para ello. La promesa que tiene usted hecha

no debe tomarla como referente al hecho concreto de la confesión; es promesa tácita de creer, y debe usted cumplirla puesto que dice que tanto amó á quien la tiene hecha.

Y el otro, febricitante:

—¿Que si la amé? Ah, padre: usted no sabe cuánto! ¡Si era ella parte de mi ser! Mire, padre: me parece que desde que ella se fué, yo ya no vivo; me parece que ella se llevó mi alma; la amé con todos mis sentimientos y con todos mis sentidos, y fui suyo como ella fué mía: sin reservas. Y hoy, padre, ya mi vida no será más que un luto eterno, no será más que una noche eterna y oscura.

Un sollozo enorme interrumpió sus frases y de sus ojos se deslizaron sendas lágrimas que el P. Luis vió temblar trágicamente brillantes, sobrepuestas sus pestañas largas y negras. El momento propicio, según el vicario, había llegado. Tomó del brazo al viudo, que se dejó conducir como un niño, y con paso firme le encaminó hacia la capilla de la Castidad.

Mientras encendía las velas y el otro contenía sus sollozos pegando la frente á los helados muros de la capilla, el P. Luis daba gracias al cielo porque le había sido dado poner su propio amor en algo eterno, perdurable y no en criatura mortal y transitoria. Y profusamente iluminada la capilla, miró el cuadro que hacía destacar sobre su fondo oscuro la mancha blanca y diáfana de la Virgen. Y sonriente:

—Anda, niña mía, salva esta alma!

Fué hacia el pecador y rodeándole con sus brazos, buscó las entonaciones más dulces y las frases más tiernas para decirle:

—Ea, aquí está la Todopoderosa, la madre de Dios; mírala y no tardarás en caer de rodillas.

.....
Púsose lívido como un cadáver y estremecióse como por choque eléctrico, el viudo, cuando vió el cuadro. Y gritó:

—Pero, padre: ¿por qué traerme aquí? ¿quiere usted matarme acaso? Ah, no, usted no puede saberlo, porque nadie lo sabe: pero yo voy á decirselo. Esta imagen es *su* retrato, lo pinté yo mismo y lo doné á esta Iglesia porque quise que todos se arrodillaran ante ella. Sí, padre, y la llamé casta porque lo era! Sólo fué mía y guardó mi amor como una reliquia. Ah, padre, ¿para qué vendría á verme? Este cuadro me desespera: mis labios buscan sus labios y mis ojos sus ojos. y está muerta, padre, está muerta! Ah, quiero que esos cabellos me cubran otra vez, quiero que mi cabeza descansa sobre ese seno como tantas veces.

Y, loco, se aproximó al cuadro, ascendiendo por las gradas del altar. Mas el vicario le detuvo con férrea mano y lo arrojó hasta el fondo de la capilla. Entonces el pintor, dijo:

—¿Le parece sacrilegio, padre? Pues bien, me voy. Allí dejó el cuadro, adórenlo. Ella la verdadera, fué mía, sólo mía, y. ha muerto. ha muerto!

Y sacudido por nuevos sollozos, el artista atravesó la iglesia y se perdió en las sombras de la calle.

IV.

Este es un fragmento de un acta que levantó al día siguiente el Juez menor de la villa de Tlauzingo:

" en la capilla llamada de Nuestra Señora de la Castidad del templo parroquial de esta villa, el cadáver del vicario Luis X., estrangulado con una estro, cuyos extremos con ser



vaba aún en las manos; por lo cual y por la opinión del médico adscrito á este Juzgado, no pudo dudarse de que se trataba de un suicidio. Interrogado el Cura Párroco, manifestó que ésta era su opinión igualmente, pues le constaba que la noche anterior el vicario se había recogido como de costumbre después de acompañar al declarante hasta muy entrada la noche y que le había pedido las llaves del templo, manifestándole haber olvidado renovar el aceite de una lámpara; que conoció al muerto desde muy joven en el Seminario de Pradela, y que era y había sido siempre de temperamento extremadamente nervioso é impresionable."

El sacristán de Tlauzingo, que lloró muy de veras al padre vicario, tuvo, sin embargo, un consuelo: para sus exequias no fué preciso armar catafalco, pues aún estaba allí el que acababa de servir para la muerte del Castillo.

¡Y es tan bromoso armar catafalcos!

JUAN SÁNCHEZ AZCONA.

HISTORIA VULGAR

¡Oh, cómo en mi mente gravose el recuerdo! ¡La ira hizo eterna su triste impresión! En un mar de fuego, detrás de los montes, habiase hundido la gloria del Sol, y en negra bandada las sombras nocturnas cubrían la tierra de luto y pavor, saliendo medrosas de sucias callejas, de oscuros follajes, de viejo torreón.

La esquila doblaba. Su lengua de bronce llamaba á las gentes á hacer oración, algunos transeuntes cruzaban las calles, alzaban los coches confuso rumor.

Llorosa mendiga de harapos cubierta, tendiendo la mano que el cierzo entumió, á algunos señores con débil acento, pidió una limosna. ¡en nombre de Dios!

¡Oh, cuánta vergüenza pedir le causaba! Yo vi en sus mejillas arder el rubor, brillar en sus ojos hundidos el llanto y temblar su mano y gemir su voz! ¡Quién sabe si sólo pensando en sus hijos sufría animosa tan duro baldón, sus hijos que acaso en sucia guardilla se estaban muriendo sin pan ni calor!

¡Siguieron hablando los nobles señores; la triste demanda ninguno escuchó. ¿Quién obliga al prócer que vive en la holgura, en sucios harapos fijar la atención?

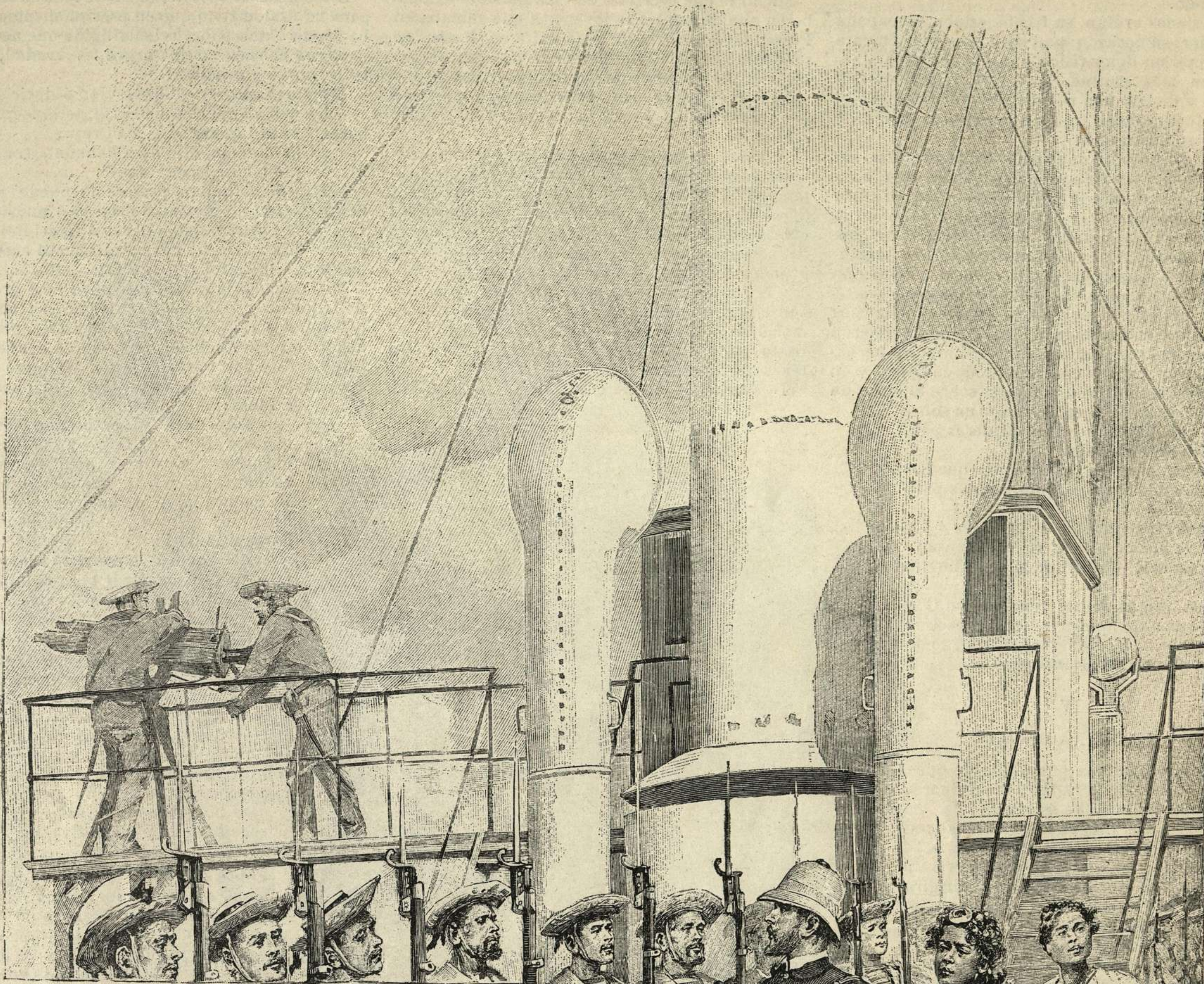
De nuevo sus quejas alzó la cuitada, de nuevo hacia ellos la mano tendió y con voz que ahogaban rebeldes sollozos, gimió: ¡una limosna por amor de Dios!

¡Punible osadía! ¡La pálida mano que pan imploraba un traje manchó. La escoria, el andrajo, no tiene derechos ¿cómo es que insolente molesta al señor?

Un hombre de aquellos miró á la mendiga y en justo castigo la dió un bofetón. ¡Un rayo de luna, cayendo del cielo, Chispé en diamante que el rostro rasgó!

ANDRÉS CALJÁNEO Y DIAZ





¡POR UN MARIDO!

NOVELA ORIGINAL DE MARC DE CHANDPLAIX.

Ilustraciones grabadas en nuestros talleres.

Versión española de "El Mundo Ilustrado"

Número 6.

Y Nelly rodeó con sus brazos el cuello del Comandante y le dió en los labios un beso largo y apasionado.

Después se aproximó al viejo Bretón y le dijo:

Ivon, yc le perdono á usted pero no le doy mi perro, porque estuvo usted muy duro conmigo la primera vez que nos vimos, pero se lo regalo al Comandante y así la victoria queda de todos modos á la Francia.

Ivon sorprendido quedó mudo por unos instantes y luego, en un arrebato de entusiasmo exclamó:

—Bravo, señorita Nelly, viva Francia. . . .! usted merecía ser francesa.

Ella tendió su manecita al Doctor que ya estaba instalado en su fitakon y después de una muy afectuosa despedida, cuando la caravana estaba en camino, Nelly se puso de rodillas, arrancó una flor de las muchas que había cerca de ella, la besó y luego la arrojó con tanta habilidad que fué á caer en las manos del Doctor.

He aquí todo lo que el Comandante había visto en los momentos de partir de Ambohimarina, y he aquí en lo que pensaba al entrar ensucamarote preguntándose si todo ese pasado era un sueño y si verdaderamente había estado fuera de su barco.

Prince, olfateando por todos los rincones y llamando á su ama con ahogados gritos, le trajo al sentimiento de la realidad.

Era una verdad todo lo que había visto.

Pero lo que no vió es que después de la partida de los viajeros, Nelly entró en la casa que había sido habitación del Comandante y se puso á llorar: luego, pensando en que los propietarios legítimos de la humilde morada no tardarían en venir, sacó

Marchetti

de su bolsa un paquete, lo depositó sobre la cama con mano trémula y se escapó espantada y corriendo.

Sus sienes ardían, su frente estaba empapada de sudor, su corazón palpitaba tan fuertemente que sintió un dolor físico y se vio obligada á andar con más lentitud. Hasta se detuvo un momento y dirigió una mirada al sitio de donde acababa de separarse, como si estuviera pronta á volver sobre sus pasos.

Pero después de una corta vacilación, hizo un gesto decisivo y tranquila entró en su casa, atravesó la sala donde su padre dormía en un sillón y fué á encerrarse en su cuarto y á pesar de la emoción que la agitaba todavía, recordó que había prometido á de Chalmont escribirle y tomando papel y pluma empezó la redacción de un diario sincero como lo son todos los diarios.

Durante este tiempo los propietarios de la casa que había sido prestada al Comandante, volvieron y la recorrieron ansiosos de ver si algo se les había perdido, pero en contraron todo completo y en orden y descubrieron además sobre el lecho un paquete de papeles cubierto con un sobre en el que había escritas palabras para ellos incomprensibles.

Este paquete era el obsequio que Nelly había dado por perdido, y estas palabras decían:

«Itinerario secreto de Majunga á Tananarive por el Mayor H. Stephenson.»

«Homenaje del autor al Comandante del Colibrí.»

Estas buenas gentes reunidas en Consejo de familia ante el hallazgo, resolvieron enviarlo al Gobernador y así lo hicieron sin perder ni un instante.

IV

LA REINA BINAO

Dos meses habían pasado desde que el Colibrí zarpó de la rada de Diego Suárez.

Al día siguiente de su regreso de Ambohimarina, el Comandante de Chalmont recibió una carta oficial del jefe de la División Naval en que le ordenaba prescindir de su viaje á las Comoras y dirigirse sin tardar á la bahía de Passandova, soberbia recortadura de un país fértil y boscoso que perteneció á los Sacalavos y que habría pertenecido luego á Francia, si razones políticas no le hubieran hecho preferir tratar con los hovos, siendo por consecuencia de ese tratado el Gobierno de los Hovas, el único á quien Francia reconoció como legítimo y aun exhortó á los Sacalavos á someterse á la reina Ranavalo, bajo el protectorado francés.

Los Sacalavos no entendiendo de sutilezas diplomáticas, lo que vieron claramente fué que la Corte de Esmirna envió á su territorio hasta allí independiente una multitud de funcionarios hovos que substituían á los de su propia raza, raza fuerte y leal, descendiente de los oficiales de Mahoma, y que Binao misma, la reina Sacalava, no era sino uno de los súbditos de Ranavalo á quien detestaban.

Sin el apoyo de Francia, ni los jefes Sacalavos ni su soberana se atrevieron á resistir con las armas, pero enarbolaron el pebellón francés como para desafiar á los hovos á arriarlo. Los hovos no se atrevieron y se contentaron con señalar al Gobierno francés esta situación irregular decidiéndose entonces que fueran los franceses mismos los que hicieran esa operación.

El Comandante del Colibrí fué comisionado para esa triste misión, así como para exhortar á los Sacalavos á someterse, haciéndoles comprender que bajo la autoridad hova estaba la mano oculta de Francia y que no quedarían abandonados.

Esta declaración no bastó para tranquilizar á la reina Binao cuando de Chalmont se la hizo, y bañada en llanto le suplicó que la condujera á Paris donde quería arrojarle á los pies del rey y pedirle justicia. De Chalmont no intentó convencerla de que el Jefe de Estado de Francia no es un rey; pero lo hizo comprender que tan largo viaje no se podía resolver de improviso, y era mejor escribir y esperar la respuesta.

Binao era de resoluciones firmes: aprobó la idea y escribió una carta conmovedora que fué en efecto enviada á Mr. Grevy y de la cual pu-

blicaron una traducción los periódicos de aquellos días.

Mientras ella escribía, de Chalmont reflexionaba en que de seguro la jovencita que reinaba en Passandava, tendría un gran éxito en Paris, no precisamente cerca del gobierno, sino entre la población, porque era una negrita muy linda y llevaba su elegante traje árabe con una majestad natural templada por la encantadora languidez criolla.

A pesar de su origen árabe, las mujeres sacalavas no se cubren el rostro, lo cual era circunstancia favorable, tratándose del de Binao que era digno de ser visto y aun admirado; ni blanco ni cobrizo, sino más bien como dorado por un rayo de sol, ostentaba dos ojos muy negros y muy grandes coronados por largas y rizadas pestañas, tenía las manos pequeñas, los pies desnudos sobre las sandalias que se ligaban á las piernas mórvidas con cintas de oro, y un cuerpecito robusto, gallardo, flexible y tentador bajo las telas leves que lo cubrían.

De Chalmont la veía escribiendo; pero pronto



dejó de verla y apareció en su lugar una joven blanca, sí blanca, en traje descotado y que le sonreía diciendo: «te amo.»

Era ya ridícula esta obsesión que llevaba dos meses de estarlo persiguiendo, apesar de sus esfuerzos por olvidar.

¡Decir que había tenido á Nelly en sus brazos, que la había besado y que si se hubiera quedado esta felicidad duraría aún.....!

Pero no: hizo bien partiendo, alejándose y, haría mejor evitando tornar á ponerse bajo el encanto de esos ojos dominadores, de esos labios rojos, de esos dientes brillantes, de ese cuerpo tan blanco y tan arrebatador.

¿Y por qué entonces la escribió?

¡Oh! una carta banal, muy estudiada, meditada largamente para que no llevara esperanzas ni promesas. En cambio, él había recibido cuatro, cada una de doce ó más páginas, verdadero diario en que estaban todos los actos de Nelly, sus pensamientos, sus deseos y sus sueños, donde le instaba á volver y en donde alguna vez surgía un ardoroso «te amo» entre mil frases de apasionada ternura. Cartas que la mostraban viviente conmo-

vida, candorosa y apasionada, cartas que Juan leía y releía sin cesar.....

Estos pensamientos eran una obsesión ridícula para un diplomático que en esos momentos estaba frente á una pobre reina afligida que necesitaba algún consuelo, reina negra, es verdad, pero bella, noble y graciosa.

Terminada la carta, Binao vino á decirle:

—Escucha: aquí está mi carta, te la leeré en tu barco y luego la enviarás á tu rey.

—Al Presidente, dijo de Chalmont, sonriendo ¿y por qué no me la lees aquí?

—Porque no quiero, porque no puedo permanecer aquí ni un momento más: hay muchos hovos, yo te ruego que me lleves á Nossi-Be que es población francesa y allí permaneceré hasta que llegue el día de mi viaje á Paris.

El Comandante reflexionó sobre este proyecto de la joven, y hasta temió que pudiera acarrear dificultades al gobernador de Nossi-Be, pero pensando en su ánimo el caso, vió á convenir en que era ésta una buena solución y en que el Gobernador no se la tomaría á mal. Así pues, dijo á Binao:

—Dices bien y comprendo tus sentimientos. Eres una reina digna. Ven entre nosotros y nos será honroso recibirte. Mi barco no es muy grande pero Nossi-Be no está lejos; partiremos mañana á la hora que quieras y llegaremos allá tres horas más tarde.

—Eres bueno, le contestó Binao. Ahora no podremos partir porque falta poco para que anochezca; pero oye, llévame á bordo esta misma tarde porque no quiero dormir aquí, pues les tengo miedo á los hovos y á sus venenos, y tengo miedo de todo. Voy á dar órdenes á mi hermana Otavi para que dentro de pocos días se me reúna llevando lo que nos pertenece y entre tanto me contentaré con lo que puede llevarse en una maleta. Ven á buscarme dentro de dos horas, y ya estaré lista. Mira, no voy á serte enojosa y para no ocupar mucho sitio en tu barco, me haré muy pequeñita, muy pequeñita.

Pobre magestad caída! para apoyar su súplica, se arrojó á los brazos del Comandante, ensayando la manera de hacerse muy pequeñita, y Juan la abrazó, la besó en sus ojos de gacela y se despidió tranquilizándola y ofreciendo volver dos horas después, quedando ella desde luego al amparo del pabellón francés.

Quando salió á la puerta, se encontró con Prince que lo aguardaba; Prince, ese perrillo tan feo que fué causa de que un francés y una americana se encontraran cierta noche en una posesión malgacha....

Prince había contraído por su nuevo amo una gran afición y le seguía por todas partes; así es que ahora que le dejó en el barco, se había impacientado y después de una hora de espera, rompió con toda consideración, se arrojó al mar y vino violentamente á la playa. Realizado su deseo de encontrar á Juan, expresaba su alegría de la manera más entusiasta.

Quién sabe cómo la imaginación de Juan, fué vagando desde el origen desconocido de este perro al origen bastardo de Nelly, y acabó por preguntarse como quien combate contra un prejuicio: ¿pues qué en el fondo no todos los seres venimos á resultar hijos naturales?

Pero esto está bueno para dicho en tésis general; concretando la cuestión quedaba planteada así: ¿debe uno ó no, casarse con una hija natural?

Definitivamente, no!

Y sin embargo ¿por qué? Desde el instante en que es pobre, no puede surgir la acusación de que el casamiento sea promovido por el interés sino que por el contrario, constituye un acto de generosidad, de desprendimiento, pero estas virtudes, en este caso son de aquellas que más vale no tenerlas.

Juan no quiso hundirse más en estas cavilaciones; y viendo á Prince que después de haber perseguido á un gato, la emprendía con las gallinas de la vecindad, lo llamó enfadado.

—Ven acá, perro feo! Es preciso no retozarmás que con los otros perros y dejar en paz á los demás animales, pues el día que sus dueños te maten á palos, harán muy bien.

Prince inclinó la cabeza unos instantes como para reflexionar sobre tan sabio consejo y luego, fijando los ojos en su amo, parecía decirle:

—Todo eso sería muy discreto; pero ¿qué hacemos aquí, parados junto á esta puerta? Regresemos al barco, ya que en tierra hay tantos peligros.

—Tienes razón, Prince; á bordo está uno tranquilo y los escollos más peligrosos no están en el agua, pero no podemos regresar al barco desde luego, porque espero á Binao, reina de los escalavos con quien espero serás muy atento. Aho-

anduvo vagando antes de volver á la casa de Einao, á fin de dar tiempo para que viniera la lancha que había pedido.

Por el camino siguió pensando en Nelly, y recorrió otra vez en su imaginación el problema del matrimonio; las diferentes clases sociales que hay, la grave cuestión de los hijos naturales y hasta la ley de la herencia, en tanto que Prince sin tener en cuenta los consejos que le habían si-

para no verse en la necesidad de dejar sola con frecuencia á su esposa... era preciso que ella rompiera con el atavismo y que la hija no resultara por el estilo de la madre ¡y estaba tan dispuesta á parecerse!

Se necesitaba también (¡ay! esto era imposible) que Juan fuera más joven... No, en definitiva era una locura eso del matrimonio en semejantes condiciones.

En todas estas cosas iba pensando al llegar á la casa de Binao. Sin reflexionar lo que hacía, empujó la puerta y encontró á la joven reina que, bañada en lágrimas daba sus instrucciones á su hermana Ottavi, pero que en cuanto vió al Comandante enjugó altiva su llanto y dijo sonriendo y con gesto de resignación.



ra pienso en que hay que dar algunas órdenes previas á la recepción de esta encumbrada personita: vamos á la playa.

Allí encontró un botecito de á bordo que le esperaba.

—Madic, dijo al patrón, vuelve á bordo en el acto y dile al Teniente que me envíe la lancha grande, tripulada por gente vestida de gala para conducir al barco á la reina de los escalavos. A nuestra llegada, toda la tripulación formará en los puntos acostumbrados, se izará el pabellón y se dispararán veintiún cañonazos. ¿Has comprendido bien, hijo mío?

—Sí, Comandante.

—Pues bien, date prisa.

Madic saltó ágilmente al bote que llevado por cuatro remos vigorosos, voló sobre las aguas tranquilas de la bahía.

—Buenos muchachos! decía el Comandante, mientras el bote se alejaba: esa, esa es la única familia que un marino debe tener.

Después se dirigió hácia la aldea por la cual

do dados, corría hacia todas las gallinas y gatos que encontraba por el camino.

Cuando llegó á la puerta de Einao, el Comandante estaba convencido ya de que un marino francés podía casarse con una hija natural como Nelly, sobre todo si mediaban ciertas reservas. De pronto en Francia había que presentarla como huérfana, y además de que no habría motivos para sospechar su origen ¡qué salón había de cerrarse cuando se llamara la Condesa de Chalmont?

Pero se necesitaba también que el Conde aumentara su fortuna para rodear á la joven de lujo y comodidades y que presentara su dimisión

—Estoy pronta y me entrego confiada á ti como á un hermano. Cuando quieras partiremos.

—Entonces, desde luego, contestó Juan que creyó preferible abreviar las despedidas.

Binao hizo una señal á dos sacalavos para que tomaran los equipajes que estaban listos ya, dió un beso á su hermana rogándole que no

la acompañara, y sin llevar consigo más que una criada, modestamente á pié—¡pobre reina caída! siguió al Comandante á través de las arenas ardientes de Passandava.

Con la movilidad de impresiones propias de su edad y de su poca cultura, Binao se consoló prontamente al llegar á bordo, halagada por los honores militares que se le hicieron y que la llenaron de orgullo tranquilizándola contra los atentados de sus enemigos los hovas. Comió con buen apetito acompañada de Juan y del Doctor que se divertieron mucho con sus preguntas inocentes, y bebió con gusto el champagne conviniendo sin embargo, en que esta bebida es de las que prohi-

be el profeta Mahoma. El excelente Lerbon, galante siempre con las damas de todos los colores, con tal de que fuesen jóvenes y bien formadas, no permitió que Binao pasara trabajos en el salón y le cedió su propio camarote pasándose él al comedor, donde se conformó con poner una hamaca; pero recordando sus colecciones que estaban esparcidas por todos los muebles, y lamentando su amabilidad, no pudo dormir en toda la noche.

Tampoco la reina durmió. El Doctor la oía gemir y suspirar y más de una vez tuvo intenciones de acudir á consolarla y á ver de paso sus colecciones. ¿Lo hizo? El Comandante no lo supo nunca, pues le traía preocupado el recuerdo de Nelly.

Al día siguiente, temprano, todo el mundo estaba en pié á bordo del *Colibrí*. El Comandante subió al puente para dar la orden de zarpar y Binao colocándose á su lado dió su adiós á la playa, y el Doctor entre tanto entrando al camarote pudo convencerse de que estaban muertas ya todas sus arañas, suceso que le habría desolado si no fuera porque en ese instante recordó que estaba en vía de un importante descubrimiento que iba á añadir una página importante á su obra y se puso á escribir.

Dos horas después de su salida de Passandava el *Colibrí* franqueaba el pintoresco canal que separa Nossi-Bé de Nossi-Comba, y echaba el ancla en el puertecillo de Hell-Ville en el fondo de esta maravillosa rada que no sin razón comparan los marinos con la famosa de Río Janeiro.

Encantados por los paisajes que se ofrecían á su vista, Binao olvidaba su odio á los hovas y el Comandante su amor á Nelly, y ambos permanecían en el puente sentados, mirando sin hablar, cuando su atención fué atraída al mismo tiempo por una piragua del país que parecía venir al barco.

—Se diría que dentro hay una mujer, observó Binao estendiendo su brazo desnudo circundado por un brazaletes de oro.

—Es posible, respondió el Comandante, sin duda alguna lavandera que viene á solicitar ropa interior, ó alguna vendedora de...

Pero no acabó la frase pues viendo mejor, palideció y tomó febrilmente el antejo.

—No; no es nada de eso, dijo Binao, sino una mujer blanca y rica, Binao tenía razón.

La piragua avanzó rápidamente y ya sin necesidad del antejo se distinguía á una joven blanca, que impaciente excitaba á remar con rapidez al negro que la conducía.

Juan de Chalmont sintió que su corazón palpitaba violentamente... No soñaba, no. Era ella, en quien estaba pensando sin cesar desde hacía dos meses. No podía imaginarse por qué sucesión de acontecimientos habría venido, pero el hecho es que estaba allí y le sonreía tiernamente.

Desde su partida de Ambohimarina, Juan estaba como un enfermo que sufre, se agita y desespera derecobrar la salud, y he aquí que de improviso la salud viene. Ya no padecía ni era viejo; y los paisajes que le rodeaban eran maravillosos y la vida era bella porque amaba, sí, amaba...

Pero era necesario evitar el ridículo y no olvidar en el puente de ese barco, que era su Comandante.

La piragua iba á atracar.

El Comandante entonces, con voz tranquila dijo á Binao.

—Yo conozco á esta joven; excúseme usted, voy á recibirla.

Y gravemente avanzó hácia la escala á donde Nelly se había lanzado ya valientemente.

Juan sintió impulsos de abrirle los brazos y estrecharla contra su pecho y de decirle "¿si vieras con que afán te esperaba?" Pero descubriéndose ceremoniosamente le tendió la mano y le dijo:

—Señorita: es un gran placer para mí volver á ver á usted; sírvase subir y decirme á qué debo su inesperada visita que espero no será motivada por contratiempo alguno. ¿El Mayor no está peor de sus males?

—Oh! no, ningún contratiempo y papá sigue muy bien con las medicinas del Doctor Lerbon. ¿Pero como se entra aquí? No entiendo esto de los barcos.

—Tome usted mi brazo; se lo suplico.

Y sin pensar más en Binao en la cual ni aún se fijó Nelly, Juan pasó entre los marinos respetuosos y bajó á su cámara acompañado de la joven. El

Doctor ocupado en sus labores de sabio ni les oyó pasar.

Nelly sonriendo dirigió una mirada en torno suyo y preguntó:

—¿Estamos solos aquí?

—Solos.

Entonces ella le abrió los brazos y ambos se estrecharon con efusión.

—Oh! qué dicha, decía, es esta de volverse á ver. He pensado tanto en tí! Cuando partistes de Ambohimarina creía que te olvidaría fácilmente y que no tendría intento alguno de rebelarme contra el destino que nos separaba, pero luego comprendí que era imposible. Vivía en tí, constantemente, como si tuviera derecho para ello, como si fuera tu mujer ó tu hija ó un ser creado por tí y para tí ¡ay! amándote de un modo que nunca soñé fuera tan profundo. Te amo: y si esto te enoja, sé caritativo y no me dejes sospechar tu desvío. Calla, calla todavía y no me mires con esos ojos de cólera que me dan miedo. Ya sé que me porto como un chico malcriado y que merezco que se me riña muy fuerte, muy fuerte...

El la besaba no pudiendo resistir á los impulsos de su corazón.

—Nelly, Nelly mía, te amo, yo también te amo así, con toda la vida; pero es una locura todo esto que hacemos y que decimos...

—Tiene usted razón, mi Comandante, contestó Nelly esquivando las caricias, pero es tan agradable ser loco así de cuando en cuando!

Luego se alejó, se sentó en el diván y dijo:

—Vamos... ya estoy muy formalita con todo y mi dicha ¿está bien así?

—Ya sabe usted Nelly cuanto la amo y que no puedo ni un momento ocultárselo apesar de que podría yo ser su...

—Chut... calle usted, pues ni usted mismo cree lo que va á decir: a su edad todo hombre es joven y yo ya soy una mujer. Nos amamos ¿porque no nos lo hemos de decir? ¿qué mal hacemos?

—Sí, ¿pero después?

—¿Después? La pregunta es cruel... ¿pero por qué amargar con esos pensamientos nuestra dicha y llorar la próxima separación cuando apenas nos estamos reuniendo otra vez?

—Es verdad, Nelly, pero me espantan los progresos que hace mi amor, y siento algo como remordimientos ante la idea de ligar la juventud de usted á...

—Ah! si no hubiera más que esta razón... y luego... la partida está tan próxima otra vez! Yo estoy aquí de paso y tal vez me iré esta tarde. ¿Cuándo volveré á ver á usted?

—Calle usted, se lo ruego. En la alegría de volver á verla, no había pensado en eso. Dice usted bien, gocemos del momento presente y Dios hará lo que quiera del porvenir.

Entonces ella se sonrió, le echó los brazos al cuello y prosiguió en voz baja:

—Oye! déjame ocultar la cara contra tu pecho para decir esto: "te amo, te amo".

Juan le tomó ambas sienes, le levantó la cabeza, le vió largo rato los ojos entrecerrados por la emoción y le dió un beso en los labios.

En este momento Nelly retrocedió, lanzó un grito de horror y tendiendo el brazo hacia la puerta exclamó:

—¿Quién es esa mujer y por qué viene aquí?

Binao que se había fastidiado sola en el puente, vino para preguntar al Comandante á que hora la llevaba á la casa del Gobernador. Sin ruido, porque calzaba sandalias, avanzó y permanecía sonriente en el marco de la puerta, en actitud de estatua con el brazo levantado que sostenía la cortina. Viendo la impresión que había causado, se aproximó á Nelly, le tomó la mano y se la besó humildemente como para excusarse. Luego con mucha dulzura le preguntó:

—Lo amas tú?

Nelly no sabía que responder y ruborizándose dirigió al Comandante una mirada interrogadora. Este, dirigiéndose á Binao le dijo:

—Oye, Binao, si en algo me estimas por el pequeño servicio que he tenido la dicha de hacerte, me vas á jurar que no dirás á nadie lo que acabas de ver aquí.

—¿Pues qué es casada ella? preguntó Binao con su lógica de chieuela inculta.

—No.

—¿Y tú?

—Tampoco.

—Entonces ¿de que tienen miedo?

—No puedes comprenderlo. Júrame que nada dirás.

—Lo juro, dijo Binao poniéndose la mano en el corazón.

—¿Quién es y por que esta aquí? insistió Nelly en preguntar.

—Es la reina de los sacalavos, dijo tristemente de Chalmont, pues traído á la realidad recordó que tenía que ir á la casa del Gobernador y luego partir á Diego, tan triste ahora que ya Nelly había salido de Ambohimarina.

Y á todo esto ¿por qué Nelly estaba en Nossi-Bé? ni había pensado en preguntárselo.

—Es la reina de los sacalavos, repitió: desposeída por los hovas prefiere emigrar en vez de vivir entre sus antiguos enemigos y viene á Nossi-Bé en demanda de la hospitalidad francesa. La tomé en Passandova esta mañana y la voy á llevar ante el Gobernador; luego volveré á bordo y seguiré viaje á Diego donde deberé aguardar al jefe de la División Naval á menos de que aquí reciba yo nuevas ordenes. Pero usted Nelly; ¿cómo salió de Ambohimarina?

—No tengo prisa de ir á tierra, interrumpió Binao, quédate aun con tu amigo, me es grato verlos felices á los dos.

—¿Qué buena es usted, señorita, dijo Nelly muy respetuosa estrechando las manecitas de la reina, qué buena es usted que piensa en los otros cuando debe estar tan afligida! Pero no quiero retardar su marcha y si usted consiente descendemos á tierra los tres. El Comandante no va á zarpar tan pronto como se figura.

—¿Qué sabe usted Nelly?

—Que va usted en efecto á encontrar nuevas ordenes en casa del Gobernador.

—¿Cuáles? ¿Y usted está de paso aquí? ¿Va usted á Diego? ¿Cuándo?

—¡Cuántas preguntas! Hace un momento no las hacía usted.

—Es cierto; cuando después de larga ausencia vuelve uno á verse, no hay de pronto más idea que la de verse juntos otra vez.

—Es cierto. Y esa poca curiosidad y su actitud de usted son lo que me ha tranquilizado apesar de sus palabras desconsoladoras. Temía que me hubiese usted olvidado... su carta era tan corta y reservada! no como las mías en que dejé hablar al corazón. Pero estamos abusando de usted, reina, dijo volviéndose á Binao: vamos, y por el camino referiré á ustedes por qué estoy aquí.

Binao la escuchaba sonriente y asombrada.

—No; no abusan ustedes. Estoy encantada de oír cómo hablan las mujeres blancas, cosas tan lindas.

—Cuando amamos. Ame usted Binao y hablará como yo, y ni aún pensaría en la corona perdida.

Juan besó á Nelly tiernamente y le dijo:

—¿Pero es verdad que voy á permanecer aquí contigo? Dime todo lo que sabes.

—Si es cierto y más todavía... figúrate... figúrense ustedes que...

Pero decididamente el Comandante no debía aún saber la verdad, por que en este momento llamaron á la puerta y Nelly, desprendiéndose de sus brazos, fué á sentarse al lado de la reina. Adelante, dijo de Chalmont.

La puerta se abrió y apareció el Doctor Lerbon teniendo satisfecho en la mano un frasco destapado. Prince que sin duda se había encerrado con él le seguía con la cara de quien acaba de despertar de un largo sueño. Viendo que el Comandante no estaba solo, hombre y perro se detuvieron un instante; pero Prince tuvo la decisión más rápida y abriendo mucho los ojos y agitando la cola, se lanzó sobre las rodillas de Nelly y la empezó á acariciar.

—Todo el mundo te ama, dijo Binao, hasta los animales... ¡Eres tan dulce y tan bella!

Nelly hizo una encantadora mueca de gratitud y desembarazándose de Prince, tendió las manos al Doctor que sorprendido no sabía que hacer con el frasco.

—¿Cómo, Doctor, no me reconoce usted?

—Ya lo creo! pero no tengo la decisión tan rápida como Prince, ni puedo portarme como él, lo cual en verdad que me es muy sensible.

—Déjese de cumplimientos, ponga en ese frasco en la mesa y venga usted á abrazar á su amiga. Lerbon dejó el frasco y abrazó á Nelly afectuosamente.

—Le veo á usted muy contento, Doctor, dijo ella.

Continuará.

UN VIAJE DESAGRADABLE

Esperaba yo á mi amigo Révol en la estación del ferrocarril de Lyon. Llegó el tren; frente á mí comenzó á vaciarse un wagón, pero yo no percibía á mi amigo. Salieron sucesivamente un hombre gordo y una mujer gorda, dos niños gordos arrastrando abrigos y maletas, una nodriza gorda llevando en sus brazos un niño gordo, luego paquetes, una jaula con canarios, una máquina de coser y por último un perro gordo que sacaron de un asiento bajo el cual dormía. Al fin apareció Rébol que delgado como era, parecía aún más detrás de aquel cargamento humano.

—¡Pobre amigo! le dije

—No me respondió no me compadezca, por el contrario, bendigo á estas gentes. Si supieras el consuelo que he tenido de verlos subir á mi wagón! Su salud y robustez me han compensado del riesgo que he corrido de morir á manos de un loco que durante media hora me ha tenido bajo el cañón de su revólver.

—¡Un loco! exclamé. Sí, un loco, un loco de atar. Yo te contaré todo en el coche.

—Ahora me ves reír, pero entonces...

Hicimos trasladar su maleta á un carruaje y poniéndonos en marcha me dijo!

Subí en Laroche á un compartimento de primera, donde no había sino un viajero que en el rincón opuesto miraba por la portezuela. Partió el tren y el hombre se volvió hacia mí: su mirada y su sonrisa me produjeron una impresión extremadamente desagradable sin que, de pronto, pudiera explicarme la causa. Tenía la cara larga, en figura de rombo y su parte inferior terminaba en una barbicha punteaguda. Ni un solo cabello en el cráneo; sus ojos, de un verde marcado y su sonrisa, tenían una fijeza inquietante. Sin embargo, me pareció que procuraba ser amable.

—¿No le incomoda á usted el olor? me preguntó.

Creí que solicitaba permiso de fumar, pero en sus manos no veía cigarro alguno y me limité á contestarle con un ademán tan vago como su pregunta.

—¿Percibe usted olor á mosca? dijo cortesmente, no es desagradable, pero es necesario estar acostumbrado. ¿Es usted médico?

Le hice señal que nó Pareció dudar de mi respuesta, me examinó con atención perspicaz y desconfiada y repuso.

—Yo sí lo soy. He hecho un estudio sobre los animales que vuelan, son los únicos que me interesan por el batimiento que sus alas propaga en esas ondas odoríferas el efluvio absoluto

—¡Oh! dije con inquietud.

Ya sabía á qué atenerme. Miré el ventanillo, el tren corría á gran velocidad. Consulté el indicador; durante una hora, hasta Joigny, no había parado. Busqué la campana de alarma pero justamente se encontraba arriba de la cabeza del loco que no me quitaba la vista de encima siguiendo la dirección de mis miradas, de pronto exclamó con tono imperioso:

—¿Es usted médico?

—No, señor, no soy médico?

—Entonces dijo con aquella lógica desconcertante que á veces tienen los locos, ¿por qué mira usted la campanilla?...

Desabotonó su paletot, un buen paletot con cuello y mangas de pieles, y sacó un revolver de bolsillo.

—¿Es usted médico? repitió.

—No, señor, contesté con desesperada sinceridad y vacilando entre el partido de arrojarle sobre él y arrancarle su arma, á riesgo de que me matara, ó ablandarlo por la dulzura.

El loco me dijo con tono melancólico:

—¡Vaya! Está usted loco, le compadezco Y agregó.

—No me gustan los locos; sin embargo, los cuido por pura caridad porque tengo buen corazón. En mi hospital cuido cuatro mil quinientos veintisiete, digo, cuatro mil quinientos veintiseis. Olvidaba que uno de ellos murió ayer

—¡Ah!... y ¿cómo murió? le dije fingiendo un interés que estaba bien lejos de sentir.

—Muy fácilmente, dijo el loco, lo maté.

Y haciendo funcionar su revólver envié una bala sobre uno de los vidrios, se volvió lentamente teniendo su revólver en mi dirección, á la defensiva, el compartimento se había llenado de un humo azul que se disipaba poco á poco y el ruido de la detonación se había perdido en el que producía el tren.

—Le digo á usted esto, continuó con satisfacción, para probarle que no le temo á los locos. ¿Tendría usted la extrema amabilidad de cantarme un aire de ópera?

Su voz era dulce, insidiosa y persuasiva; pero á través de sus párpados medio cerrados, me espaban sus ojos como los de un gato en acecho.

—No sé cantar, me atreví á decirle.

—¡Sí! exclamó el loco con voz tonante, usted sabe, sabe y quiere engañarme, como lo hacen todos.

¡Cánte!, me ordenó. Y no mire de ese modo la puerta ni la campanilla de alarma!

—Sepa usted que no hay nadie en el compartimento de al lado, lo he visto bien antes de montar al tren. Cante, porque adoro la música.

Y dirigiendo negligentemente su revólver hacia á mí, continuó:

—Voy á contar hasta diez: uno... dos... tres...

No esperé que llegara sino hasta el siete y me puse á cantar con todas mis fuerzas la cancioncilla de "Milbrouk." El loco balanceaba, á compás la cabeza y parecía gozar con delicia.

—No está mal, dijo al fin de la segunda copla. ¿Sabe usted volar?

Lo miré con estupefacción y terror.

—Volar, explicó agitando sus dedos con gracia, volar en el aire?

Vacíle en comprometerme ignorando si mi respuesta me atraería una bala en mitad del pecho. La mirada del loco resplandecía de piedad y de triunfo.

—Yo sí sé, me dijo.

Un rayo de esperanza me animó y simulé la más viva admiración.

—Eso le sorprende! dijo con ironía, no sospechaba usted semejante cosa, se había usted dicho: "he aquí un pobre diablo que no conoce nada de la vida, un bobo, un necio;" no se disculpe usted, porque ha tenido esa idea, la estoy mirando...

¡Pum! Se oyó otra detonación, el loco había disparado.

—Mirad vuestra idea; la he matado al vuelo. Y agregó severamente:—¡Cuidado con otra!

—¿Habéis hablado de volar? aventuré, ¡oh, qué feliz sería si viera una cosa tan bella!

¡Qué descubrimiento tan admirable! ¡Cómo quisiera veros volar!

Juntaba las manos con admiración. El loco me lanzó una mirada inspirada:

—¿Lo desea usted sinceramente, profundamente, absolutamente? Su voz tenía una entonación solemne, un fervor místico animaba su fisonomía.

—Mirad! me dijo:

Y se inclinó, descorrió el pasador de la portezuela, la abrió, tomó empuje y añadió con acento de sospecha: Usted es médico!

Vió en mi semblante tal desesperación tan estúpida y horrible angustia que se conmovió y dijo:

—No, no es usted médico: lo calumniaba, ya veo que es usted un loco.

Pues bien, si yo he aprendido á volar es por la salud de los locos que de esa manera podrán evadirse de sus encierros; es para el alivio de los miserables; para que los obreros puedan trasladarse sin fatiga á su trabajo, mi descubrimiento está consagrado al mayor bien de la humanidad. Voy á lanzarme, va usted á verlo y volando á lo largo del camino llegaré á Montereau antes que usted: ¡atención!

Sus ojos estaban llenos de fé y de caridad, un éxtasis de iluminado brillaba en su larguero semblante. Me invadió profunda piedad, y le dije:

—Esperad, todavía. Yo le creo, le creo á ojos cerrados, pero los demás... la multitud... tendrá dudas. Vamos á llegar á la estación.....

Consultó su reloj y exclamó:—En once minutos.

—Vamos á llegar á la estación, insistí, allí os lanzareis, ascendereis al espacio y todo el mundo se prosternará al veros, el jefe de estación blandirá en vuestro honor su cachucha galoneada y yo gritaré ¡bravo! con todas mis fuerzas.

—Sí, sí... decía el loco, el jefe de estación... usted gritará bravo! hurra!.....

Y en su entusiasmo comenzó á quitarse los botines que arrojó por la ventana, su pantalón siguió el mismo camino y sus calzoncillos volaban también en momentos en que el tren silbaba; entonces se detuvo:—He aquí el momento, dijo: ¡oh que gran multitud! ya veo al jefe de estación, los veo á todos, atención que voy á lanzarme!

Y al precipitarse cayó en los brazos de dos guardianes y un médico que avisados de su fuga le esperaban y lo recogieron apresuradamente.

—Entonces fué concluyó Révol, cuando todas esas gentes gordas y sus grandes paquetes invadieron mi compartimento. Con paternal solicitud ayudé á la nodriza á colocarse y acaricie al perro cuyos ojos humanos y dulces me tranquilizaban.



PAGINAS DE LA MODA



FIG. 1—TRAJE PARISIENSE PARA VERANO



FIG. 2—TRAJE DE GASA

Lectura para las damas

LAS BEGONIAS

Las flores son una de las cosas que más contribuyen á hacer atractiva la vida en el campo, pues no solamente embellecen el panorama que se presenta á la vista por todas partes, sino que embalsama el aire que se respira. Por eso es que, á nuestro juicio, las flores no deben faltar en ninguna finca, ya sea grande, ya pequeña, ni tampoco en las casas que dispongan de algún terreno en que poder formar un jardín por pequeño que sea, y aún en los casos extremos, se deben tener algunas en macetas puestas en cualquier ventana en que dé el sol.

Como son tantas y tan diversas las plantas de flores y las de hermoso follaje que hoy se cultivan en los jardines, cada floricultor y cada individuo tien sus favoritas, pero hay algunas que no pueden menos de agradar y convertir en admiradores á cuantos las ven.

Entre las flores, es reina la rosa porque á su gran tamaño, hermosos tintes y grato aroma aduna una variedad infinita de formas y colores; pero entre las plantas curiosas y elegantes por su follaje, se distinguen decididamente las begonias, introducidas en la botánica por el sábio francés Miguel Begón, de quien ha tomado su nombre.

La extraordinaria belleza del follaje de muchas de las variedades de esta especie de plantas, justifica la gran estimación de que goza toda la familia entre los floricultores y la generalidad del público, además, hay también algunas especies cuyas flores rivalizan con los geranios en exuberancia y variedad de tintes.

Otra de las cualidades que distinguen á las bego-

nias es que viven y medran en condiciones y circunstancias que serian fatales para otras plantas, por ejemplo, cuando se pone en algún tiesto en alguna ventana del lado Este, donde no reciben casi nada de la luz del sol. Aún la exposición al Norte, donde la luz del sol no les da nunca, no es obstáculo para su desarrollo, con tal que la temperatura no baje de 55 grados F, pero siempre conviene sacarlas al sol de vez en cuando.

El tramiento que debe darse á los hijos.

HEREDIAS.

De una importante conferencia pedagica dada en Guanajuato, tomamos los siguientes interesantes datos útiles á los matrimonios y á las madres de familia.

Hay un hecho existente desde hace siglos en la conciencia de la humanidad, según lo comprueban algunos proverbios de uso común, como de tal palo, tal astilla, á tales padres, tales hijos, etc.

La antropología, ciencia que sirve de base á la Pedagogia, ha hecho estudios profundos y serios sobre este asunto, ha llamado en su auxilio á la estadística y ha patentizado que existen geneologias enteras de desequilibrados, de hombres perversos, de criminales que han ido transmitiendo fatalmente á sus hijos, como terrible herencia, un organismo predispuesto al vicio y al crimen. Esto es lo que se llama la ley del atavismo. Pero no sólo los cónyuges viciosos pueden tener una descendencia perversa; puede ésta generarse igualmente de los históricos y de los epilépticos. El Sr. Dr. Manuel Flores asegura en su "Tratado elemental de Pedagogia" haber conocido á una histérica, cuyos hijos todos, hombres y mujeres, ex-

cepto una, han sido ébrios consuetudinarios, y que aún alguno de ellos ha muerto ya á consecuencia de su vicio.

El hombre, pues, que, al buscar su cara y dulce mitad, obra con prudencia á fin de evitar un caso de atavismo fatal, se preocupa ya por la educación de sus hijos.

Si la Pedagogia toma en cuenta las leyes del atavismo ó de la herencia y nos hace reflexionar sobre ella, si nos pone de manifiesto que el trato dado por el marido á la mujer tendrá futura resonancia sobre el carácter de esos seres tan queridos que han de llevar nuestro nombre y por quienes somos capaces de los mayores sacrificios si lleva á nuestro espíritu la convicción de que la labor educativa puede comenzar desde los albores de la vida del niño, si nos da luces para sentar conveniente y sólidamente los cimientos del importante edificio de la educación que, según sea bien ó mal dirigida, hará á nuestros hijos felices ó desgraciados, y si todos, por regla general, estamos llamados á ser padres de familia, es evidente que el dominio de la Pedagogia se extiende mucho más allá de los linderos de la escuela y que su estudio puede interesar no sólo al profesor de instrucción primaria sino á todos los hombres en general.

No es por cierto mi humilde y desautorizada voz la primera que se alza para afirmar que el estudio de la Pedagogia es de interés general. Herbert Spencer con inimitable elocuencia hace notar, en su interesante obra sobre la educación, cuán absurdo, cuán incomprensible es que el hombre se aficione preferentemente á cuidar la prole de los animales más bien que la suya propia. En efecto, señores, es muy extraño que mientras nos interesa vivamente lo relativo á la cria y ceba de las reses, al adiestramiento de los perros de caza y á la producción de soberbios caballos de silla ó de tiro; manifestemos el más alto desdén por las cuestiones que atañen á la crianza y educación de los niños, como si un hombre valiera menos que un animal y como si la raza anglo-sajona no nos estuviera gritando, por decirlo así, á voz en cuello, cuanto vale un país de hombres vigorosos é ilustrados.

Concluiré mis razonamientos con las siguientes palabras del ya citado Spencer: «Seramente hablando, dice, ¿no es un hecho sorprendente el que, aún dependiendo del tratamiento demos á nuestros hijos, su vida ó su muerte, su ruina ó su bienestar moral y físico, sin embargo, no concedamos ni una palabra de instrucción especial á aquellos que más tarde habrán de cumplir con los deberes del padre de familia? ¿No es monstruoso pensar que el destino de la nueva generación haya de dejarse á merced de irreflexivas costumbres, impulsos ó caprichos unidos á las sugerencias de ignorantes nodrizas y á las preocupaciones de las abuelas? Si un comerciante iniciara sus negocios sin conocimiento de la aritmética y de la tenaduria de libros, protestaríamos contra su indiscreción y esperaríamos ver las funestas consecuencias. O si un hombre, antes de estudiar anatomia, se estableciese como cirujano, nos sorprenderíamos de su audacia y compadeceríamos á sus pacientes. Sin embargo, el que los padres comiecen la difícil tarea de educar á sus hijos, sin tener idea ninguna de los principios físicos, morales é intelectuales que deben guiarles, eso ni causa sorpresa con respecto á los autores, ni inspira lástima para sus victimas. A los miles de niños que ya han muerto, agréguese los cientos de miles que aún existen con delicada y raquítica constitución, y los millones que crecen y no son tan suficientemente robustos como debieran serlo; y entónces se tendrá idea del mal ocasionado al género humano por los padres que ignoran las leyes de la vida.»

DIA DE PRIMAVERA

PARA MADEMOISELLE...

Cerca del blanco tronco de la haya, estarias vos, señorita con vuestro sombrero blanco, vuestro vestido blanco, vuestra alma blanca. Yo tendría mi negro dolor. Procura ría haceros soñar dulces sueños, y el laúd no tendría para vos sino los más acariciadores sonidos.

—Si, dice ella—más esa villa italiana ¿no será la morada de la más infeliz de las mujeres? Los árboles sombríos forman un misterioso recinto de duelo. El agua de los arroyos parece monologar extrañas historias de amores difuntos. El crepúsculo inunda con su ténue tinta de melancolía todo el paisaje. El anciano que contempla meditabundo las linfas parece la encarnación de un triste pasado. Los mismos niños que juegan cerca de la "villa" no alcanzan á hacer que mi alma encuentre una sola nota de alegría.

—Nuestra alma, á veces, contagia con sus males el alma de las cosas.

RUBEN DARIO.



FIG. 3—NUEVO MODELO DE TOCA

Cada uno sabe donde.

Un pobre deseaba separarse de su esposa, con quien hasta entonces habia vivido, al parecer en paz y en gracia de Dios.

El juez conocia á los esposos, y preguntó al marido:

—¿Por qué se quiere usted separar de su mujer? ¿No es virtuosa?

—Si, señor.

—¿No es trabajadora?

—Si, señor.

—¿No es buena madre?

—Si, señor.

—Entonces si tiene tan buenas cualidades ¿cómo quiere usted dejarla?

Al llegar aquí se quitó el hombre un zapato:

—¿Ve usted este zapato, señor juez?

—Si, señor.

—¿No es nuevo?

—Si, señor.

—¿No está bien hecho?

—Si, señor.

—¿No es buena suela y buen becerro?

—Si, señor.

—Pues sin embargo, este zapato me aprieta.

—¡Yal!

—Y lo mismo me pasa con mi mujer. CADA UNO SABE DONDE LE APRIETA EL ZAPATO.

Torta de camarones enteros

Se frien en manteca ajos y gitomates picados, y se les ponen clavo, azafrán, canela y pimienta en polvo, estando sazónada esta salsa, se le añaden alcaparras, pasas, almendras, sal, vinagre, un pedacito de azúcar, perejil deshojado y los camarones limpios y cocidos; cuando esté de buen punto, se aparta del fuego y se revuelve la pasta con huevos batidos, poniéndose todo en una cazuela con manteca, encima se le ponen rueditas de betabeles cocidos, y en seguida se añade gitomates y cebollas rebanadas, cubriéndose todo con el resto de los huevos y pasta, y poniéndose á cocer á dos fuegos. Se puede servir con salsa de chile.

LOS PESCADORES DE SIRENAS.

Péscame una, oh egipian pescador, que tenga en sus escamas ardientes la irrisada riqueza metálica que decora los admirables arenques. Péscame una, cuya cola bifurcada puede hacer soñar en el pavo real marino y cuyos costados finos y relucientes tengan aletas semejantes á orientales abanicos de pedrería; péscame una que tenga verdes los cabellos, como debe tenerlos Lorelay, y cuyos ojos tengan fosforescencias raras y mágicas chispas; cuya boca salada bese y muerda, cuando no cante las canciones que pudieran triunfar de la astucia de Ulises; cuyos senos marmóreos culminen, florecidos de rosa y cuyos brazos, como dos albos y divinos pithones me aten para llevarme á un abismo de ardientes placeres, en el país recóndito en donde los palacios son hechos de perla, de coral y de concha de nácar.

¡ Mas esos dos sátiros que se divierten en la costa de alguna ignorada Lesbos, Tempo ó Amatunte, son ciertamente malos pescadores. El uno viejo y fornido, se apoya en un grueso palo nudoso, y mira con cómica estrañeza la sirena asustada y poco apetecible que su compañero ha pescado. Este saca la red y no parece muy satisfecho de su pesca. De la red, de los cabellos de la sirena, chorrea el agua formando en el mar círculos concéntricos. Sobre las testas bicornes y peludas, se extiende al beso del día, un fresco follaje, mientras reina en su fiesta de oro, sobre nubes, tierras y olas, la antorcha del Sol.

NUESTROS GRABADOS

FIG. 1—TRAJE PARISIENSE PARA VERANO

Desde que empezó el verano, las novedades que inauguró fueron, con toda especialidad, los jacquets de seda ó de satín, hechos regularmente de color negro; á medida que la estación avanza, la popularidad de estos trajes es mayor; el que señalamos en la figura número 1, es de la casa Félix de Paris y de un efecto admirable. El jacquet negro y ceñido de salón, se abre en dos solapas elegantísimas, doblée de satín blanco sobre el pecho. Como adorno lleva galones de felpa de seda. El

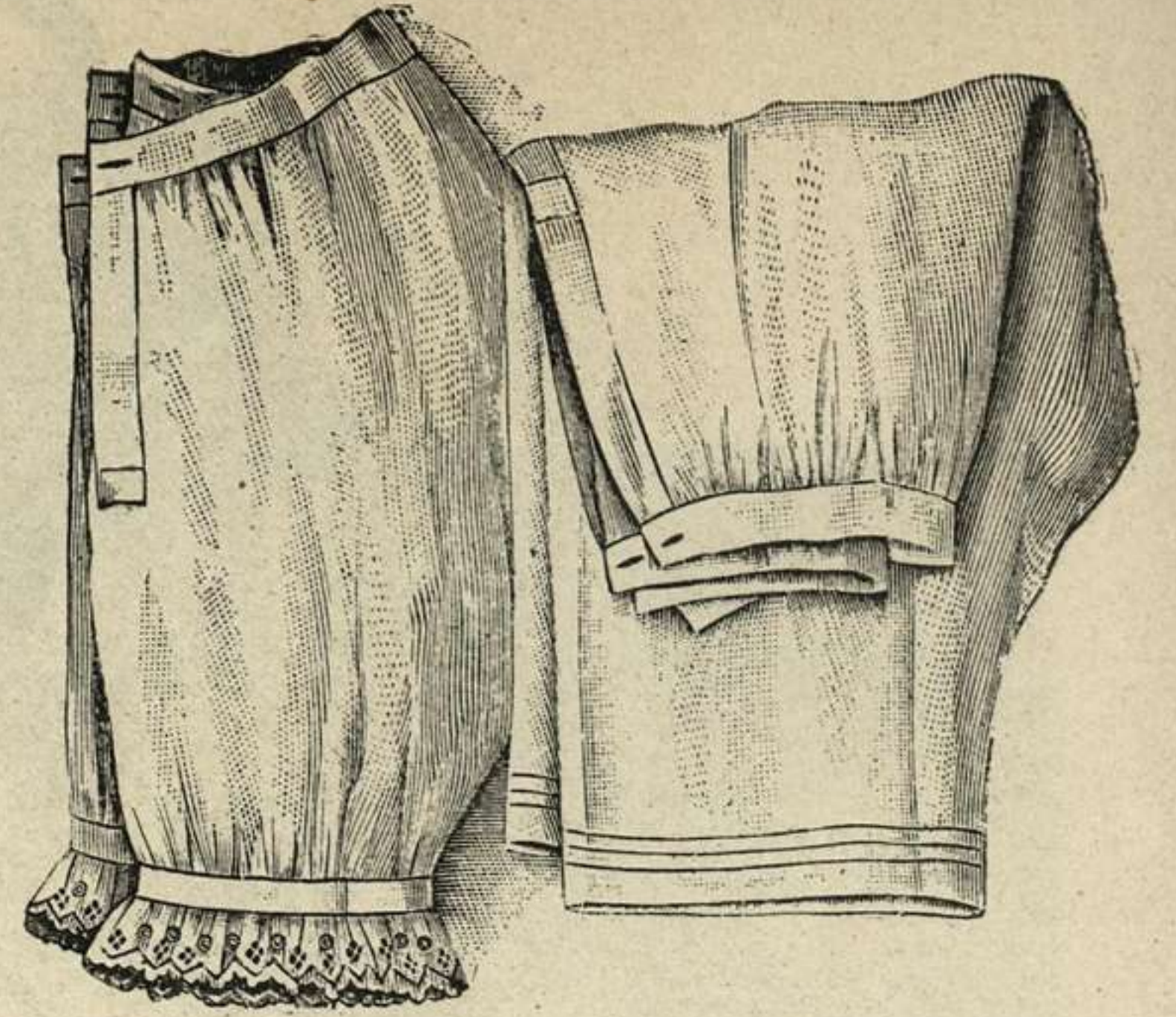


FIG. 5—CALZONES PARA NIÑAS DE 6 Á 13 AÑOS

jacquet es redondo, con jockeys y mangas angostas, con aplicación en la parte inferior de muselina de seda.

Falda plena de satín crema leve con gran adorno de guías y flores adornos.

FIG. 2—TRAJE DE GASA.

Uno de los más hermosos modelos para el estío, con cuerpo blusa cerrado en bandas, abriéndose sobre un plastrón de tafetán finísimo, cruzado en bandas también.

Cinto de raso en lazos caprichosos ornando el bordo superior de la blusa y la falda, con lazos caprichosos.



FIG. 6—CAMISAS DE NOCHE PARA NIÑAS DE 8 Á 14 AÑOS

FIG. 3—NUEVO MODELO DE TOCA.

La originalidad de esta toca, más que en su escarpela de seda, más que su elegante penacho de plumas y su hebilla fantasía, está en los manojos de cerezas que alternan graciosamente con chifones de raso.

Lo recomendamos especialmente á nuestras lectoras.

FIG. 4—TOILETTE DE PASEO.

Falda de sarga azul guarnecida de galones azules y metal, doblée de seda azul.

Cuerpo ornado de los mismos galones y abierto sobre un plastrón de satín blanco rayado de negro.

Corbata de encaje. Cinturón anudado á la izquierda, de tafetán violeta. Mangas justas con pequeños jockeys ornados de galones.

FIGURAS 5, 6, 7 y 8.

ROPA INTERIOR PARA SEÑORAS.

Cumplimos nuestro propósito de dar con intervalos regulares, esta sección que ofrece modelos graciosos de labores de casa y ropa interior.

Damos hoy lindos modelos de calzones y camisas para niñas y de chambritas de lino y batista de encantadora novedad.

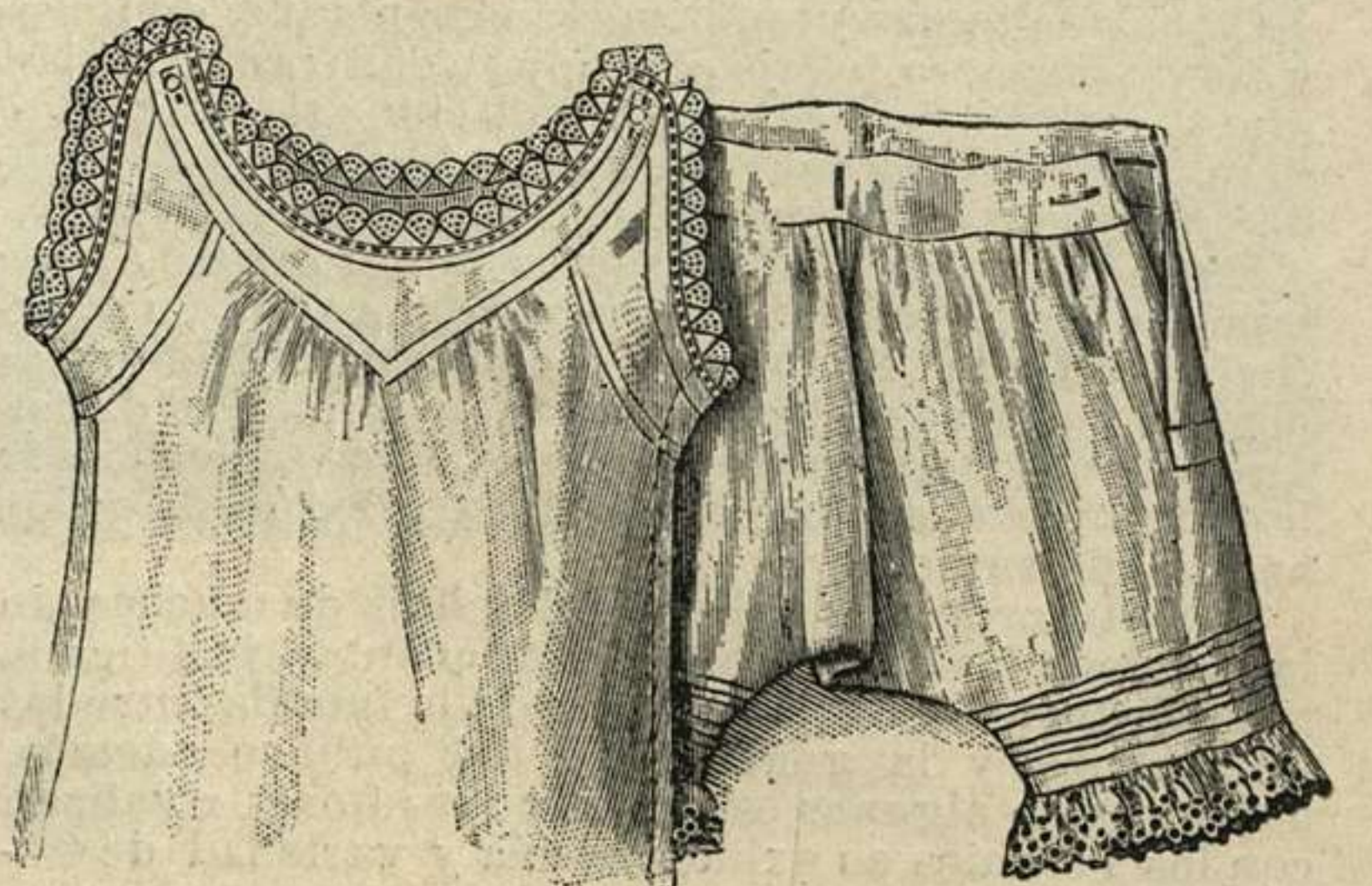


FIG. 8—CAMISETA Y CALZONES PARA NIÑITAS



FIG. 4—TOILETTE DE PASEO.

CURIOSIDADES

La mujer sabe de eso—Papá, preguntó un niño á su padre, ¿de cuántas palabras se compone el idioma castellano?

Tu madre es quien entiende de eso, hijo mío. Pregúntale á ella.

—La pequeñez del hombre es la base de su soberbia, por eso los más soberbios son los más pequeños.

—Una fuerza de cien mil bayonetas puede ser vencida por otra de ciento cincuenta mil. Una idea santa, santamente practicada, no hay poder que la venza.

—El mérito de las mujeres no brilla sino después que ha pasado la luna de miel: es preciso casarse con ellas para saber lo que valen —Richter.

—El matrimonio á los 20 años, es un peligro; á los 30 una esperanza; á los 40 una necesidad.

Los unos Pura te nombran
Los otros Concha te llaman,
yo, en vista de tu dureza,
tus tretas y tus escamas,
opino que Concha Pura
es el nombre que te cuadra.

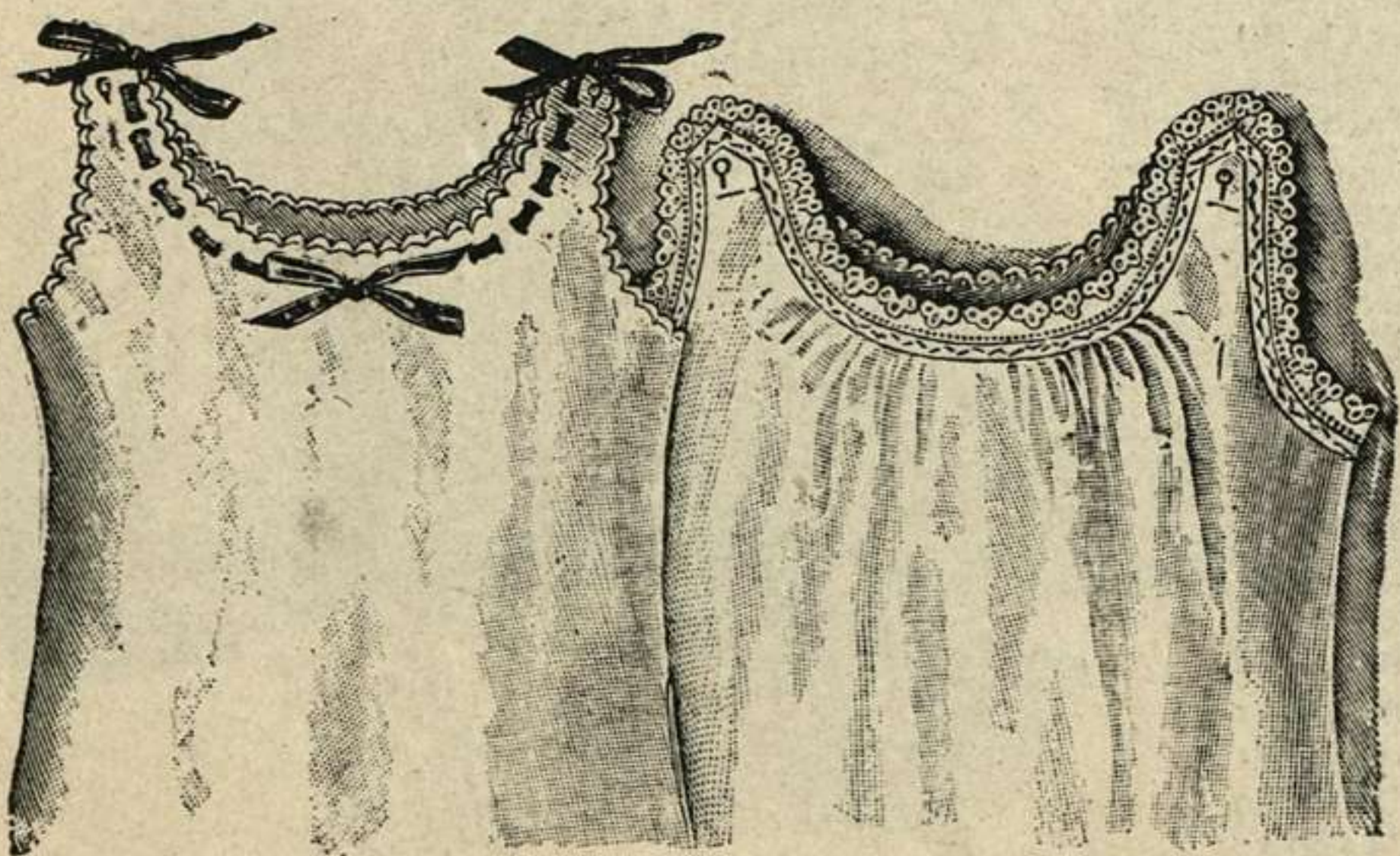


FIG. 7—CAMISAS PARA NIÑAS DE 10 Á 14 AÑOS